

# SHERLOCK HOLMES

*Memorias intimas del*  
**REY DE LOS DETECTIVES**



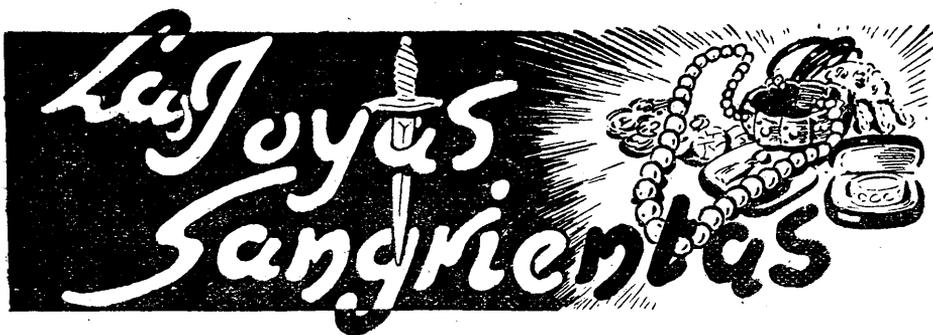
## LAS JOYAS SANGRIENTAS



CADA  
VOLUMEN  
UNA  
OBRA  
COMPLETA

**150**  
PTS.





## CAPITULO I

### UNA VISITA EXTRAÑA

Un día nebuloso, verdadero día otoñal londinense había nacido en la inmensa babel del Támesis. El sol de septiembre podía a duras penas penetrar por las ventanas de una habitación elegante, situada en planta baja.

—¿Ha llegado el correo de la mañana?—preguntó el que estaba en la citada habitación, un hombre delgado, imberbe y que al parecer frisaba en los cuarenta. Sus facciones expresaban energía y sus ojos reflejaban prudencia.

Harry Taxon, el ayudante del que preguntara, sacó un paquete de periódicos de la cartera y los entregó a su jefe.

—Me enteraré de los asuntos más importantes—dijo a Harry—y luego te daré mis instrucciones.

Se sentó en un sillón cerca de la ventana y empezó inmediatamente la lectura. Esta le preocupaba de tal manera que se olvidó completamente de la presencia de Taxon, hasta que éste se la hizo notar tosiendo ligeramente.

—Ah, es verdad, Harry—dijo—, me esperas. Quieres saber si tomaré parte en la excursión en automóvil a la cual ha tenido a bien invitarme lord Norton.

Desgraciadamente no me queda tiempo para tal distracción y tendrás que excusarme. Toda esta mañana estaré ocupadísimo y el tiempo es poco agradable. Es lastimoso, realmente lastimoso que no pueda aceptar la invitación — continuó luego, hablando consigo mismo—. Un poco de recreo me sentaría muy bien, pero, en fin, no puedo discutir el asunto.

Volvió a desplegar uno de los periódicos y siguió leyendo con mucho interés un artículo bastante extenso redactado como sigue:

«Antes de terminar la edición de este número llegan noticias increíbles a esta redacción. En una casa de Oxfordstreet se ha cometido en la noche pasada un horrible crimen. Se trata de unos caballeros extranjeros y de porte distinguido que vivían en la citada casa, perteneciente al banquero Greenfield, desde hace quince días poco más o menos. Se dice que estos señores vinieron a Londres por cuenta del Sha de Persia para activar el montaje de varias joyas preciosísimas. Mister Peterson, el cónsul de Persia, alojaba en la mencionada casa a los empleados de Su Majestad el Sha de Persia, como también a los numero-

ses joyeros que debían efectuar los trabajos. Estos últimos quedaban instalados en una casa aparte, situada en la vecindad. Una vez conocido el horrible crimen cometido en la casa, ésta quedó rodeada de inmensa multitud que, no obstante lo temprano de la hora, comentaba el suceso. Consta que no solamente han sido muertos todos los extranjeros, sino que también han desaparecido todas las joyas. Mister Peterson, el cónsul de Persia, ha desaparecido sin que se tenga la menor noticia de su paradero.»

Sherlock Holmes—pues éste era el caballero que leía—dejó un momento el periódico, pero en seguida volvió a leer el artículo que, sin duda, le inspiraba un gran interés.

Una ligera sonrisa, casi imperceptible, se dibujaba en sus finos y lampiños labios.

—Otra vez en danza—murmuró—. Me proporciona una inmensa satisfacción. Un robo de fabulosas riquezas; la desaparición del cónsul persa, ¿puede haber cosa más interesante? Pero, he aquí otra gacetilla que, sin duda alguna, debe estar relacionada con la anterior

Y siguió leyendo:

«La opinión pública está muy excitada por la repentina salida de Abbas Mirza, el primo del Sha. Se dice que ha huído, hace cuatro semanas poco más o menos, acompañado de una mujer europea de belleza extraordinaria. Parece ser que el Sha ha rogado a los Gobiernos europeos que detengan a la pareja y le entreguen inmediatamente a Abbas Mirza.»

Sin demostrar agitación alguna, levantóse Sherlock Holmes y sentóse a su escritorio mirando un momento en el aparato eléctrico de espejos que tenía colocado encima de la mesa, y al cual llamaba su espejo mágico. Estaba muy orgulloso de esta instalación, que funcionaba de tal manera que si alguien tocaba el timbre a la puerta de entrada, una campanilla sonaba en el despacho de Holmes. Luego se levantaba mecánicamente una tapa de madera y el detective podía ver en el espejo la imagen de la persona que quería entrar en su casa.

Gracias a esta instalación no tenía Holmes que molestarse por visitantes importunos, los cuales encontraban siempre la puerta cerrada. A las personas cuya visita era de su agrado les abría la puerta con sólo apretar un botón.

En el momento en que le describían podía ver en el espejo la imagen de un joven.

—Parece muy inquieto—se dijo el detective sonriendo—. Bah, no quiero poner a prueba su paciencia—y apretó el botón.

Volvió al sillón, sacó del bolsillo un par de tijeras muy pequeñas y cortó los dos artículos que habían excitado tanto su interés, guardándolos en la cartera.

A los pocos minutos, cuando se hallaba nuevamente absorto en la lectura de sus periódicos, llamó alguien a la puerta y Harry entró para anunciar la visita de un joven cuya tarjeta entregó a Sherlock Holmes.

Este leyó en la tarjeta el nombre: Mister J. Millford.

—¡Hum!—murmuró pensativo—, este nombre no me es desconocido; parece que... pero ya lo veremos

La puerta se abrió y el anunciado entró en el despacho, con tanta timidez que Sherlock Holmes no pudo menos de sonreír.

¡Era el señor Millford!

Aquel pollo elegante, con su linda carita y ojos de niño, no podía engañar a Sherlock Holmes, el cual era reconocido en el mundo entero por su sagacidad y perspicacia. Se convenció en seguida de que aquella persona en traje de hombre era una mujer.

Sherlock Holmes tenía la satisfacción de poder titularse un maestro en la criminalología. Una mirada suya bastaba para sondear como ningún otro los secretos más recónditos de sus víctimas.

Tenía la facultad de acomodarse a todas las circunstancias y de transformarse de cuantas maneras era necesario, y gracias a este don lograba engañar a los criminales más astutos y descubrir sus intrigas.

Merced a sus extensos conocimientos lingüísticos (poseía todos los idiomas europeos y algunos asiáticos), estaba en estado de presentarse hoy como ruso, mañana como español o francés, inglés, persa etc. Perfectísima era su habilidad en imitar las voces de los animales más variados y podía competir con éxito con el mejor ventrilocuo del mundo.

—¿En qué puedo servir a usted, señora?—Con estas palabras se levantó Sherlock Holmes, ofreciendo un sillón a la persona desconocida.

Esta, azorada por las palabras del de-

detective, miró fijamente a Holmes, y dijo luego :

—Ruego a usted me dispense este disfraz, del que me he servido por varias causas. Soy la señorita Millford y vengo a consultarle un asunto muy urgente.

—¿De quién y de qué trata este asunto?—preguntó el detective, cuyos ojos reposaron un momento sobre el semblante de la tan desconocida como confusa y ruborizada joven.

—Del cónsul persa, mister James Peterson.

—¿Cuya desaparición misteriosa relatan los periódicos de hoy? Estos dicen que no se le ha visto en el consulado desde ayer por la mañana, que también debe ser el momento que por última vez visitó la casa de Oxfordstreet.

—Me alegro, mister Sherlock Holmes—repuso la joven con las mejillas encendidas—. Me alegro de que este asunto misterioso y horrible no le sea desconocido. He venido para suplicar a usted tenga la bondad de ayudarme a averiguar el paradero de mi pobre y amado hermano, el cual, al parecer, también es víctima del crimen. Tengo plena confianza en un hombre que tiene fama de ser el primer criminalista de Inglaterra y el cual, según se me ha informado, está siempre pronto a prestar sus consejos y auxilio a las personas perseguidas y débiles que soliciten su apoyo.

—Con sumo gusto estoy a su disposición para ayudarla en cuanto pueda. ¿Cuándo vió usted por última vez a su hermano?

—Antes de ayer por la noche me visitó en mi casa de Brookstreet.

—¿A qué hora estuvo su hermano en casa de usted?

—Serían las ocho. Acerté a tener la visita de una amiga mía; James llevaba mucha prisa; no quiso quedarse a cenar porque había recibido un recado del negociado persa rogándole se personase lo antes posible en Oxfordstreet. Me dijo que deseaban hablarle de un asunto muy urgente.

—¿Y desde aquella hora no ha vuelto usted a ver a su hermano?

—No, sir.

—Pues bien, seguro es que su hermano estaba en Londres perfectamente sano antes de ayer por la mañana, pues según dice la Prensa ha ido por la mañana del día siguiente, desde el consulado a Oxfordstreet. De ser exacta esta última

noticia, lo que se puede comprobar fácilmente, quedaría demostrado que era muy urgente el asunto del que quería tratar el encargado del Sha, asunto el cual, por lo visto, no podían despachar en una sola entrevista. ¿Puede usted decirme si el cónsul visitaba con frecuencia la casa de Oxfordstreet?

—No puedo decirle nada en concreto—replicó la bella joven, bajando, ruborizada, los ojos ante la mirada investigadora del detective—. Sólo raras veces me hablaba mi hermano de sus asuntos.

—¿Así es que no puede usted decirme si son exactas las indicaciones de la Prensa con respecto al valor fabuloso que debía tener el material trabajado por los joyeros del Sha?

—James no me ha hecho sino confidencias muy vagas sobre el particular.

—¿Quizá sepa usted qué clase de material se utilizaba?

—¡Oh, sí!—exclamó la joven, cuyos ojos brillaban—. Deben ser perlas maravillosas, del tamaño de un huevo de paloma.

Sherlock Holmes sonrió, diciendo :

—Entonces, en efecto, serían equivalentes y tal vez aún superiores a la famosa perla titulada «La peregrina», que se regaló al rey Felipe II de España, y cuyo valor se justipreció en 80.000 escudos. Pero, eso no obstante, es muy posible que aquel soberano exótico tenga tales joyas, por cuanto la pesca de perlas en el golfo persa tiene fama mundial. ¿Su hermano no la ha enseñado a usted jamás alguna de esas perlas?

—¡Oh, son perlas preciosas; verdaderas maravillas!

—¿Del tamaño de un huevo de paloma?—preguntó Holmes, siempre con la sonrisa en los labios, pero clavando fijamente sus ojos grises en los de la joven.

—Los dibujos de las perlas, que me enseñó mi hermano, eran, efectivamente, del tamaño de un huevo de paloma—replicó ella vivamente, por lo visto empuñada en prevenir a tiempo una mala interpretación—. El dibujante las había representando con una fidelidad sorprendente, tanto respecto al resplandor como también al color. Me quedé entusiasmada de los dibujos de esas joyas preciosísimas; las perlas grandes eran las de más valor.

—Ah—dijo Sherlock Holmes, poniendo

do la cara más inocente del mundo—, entonces interpreté mal sus palabras, creyendo que usted había visto las perlas al natural.

—No, ¿cómo hubiera podido ser eso? —dijo ella, riendo y suspirando ligeramente—. Mi hermano fué, según me decía, repetidas veces registrado muy detenidamente al salir de Oxfordstreet, lo mismo que todos los demás empleados y obreros de la casa.

—Si es exacto lo que usted acaba de decirme, es extraño en sumo grado que el cadáver de su hermano no fuese en contrado ni junto con los de los demás asesinados, ni en su casa. Las circunstancias demuestran que los criminales tenían gran empeño en suprimir especialmente a los empleados que debían estar mejor enterados de los secretos de la casa de Oxfordstreet.

Los ojos de la linda visitante se llenaron de lágrimas.

—Oh, mistr Holmes—exclamó, aparentemente muy afligida—, ¿no es posible que el cadáver de James se encuentre oculto en algún rincón de la casa?

—No, su hermano no puede estar muerto; le habrán raptado —objetó el detective, tranquilizándola—. Estoy convencido de que vive todavía y que probablemente se encuentra preso en un lugar secreto.

—¡Quiera Dios que tenga usted razón! Quizá tenga algún valor para el descubrimiento del misterio esta carta que me fué entregada esta mañana por un desconocido.

Desplegó la carta y leyó:

«Querida Jane: Me han llevado a París y quieren llevarme aún más lejos. Estoy detenido en una casa que no sé describirte. Mándame auxilio sin pérdida de tiempo; de lo contrario estoy perdido.»

El detective tomó en sus manos el escrito, un papel bastante sucio y lo miró atentamente durante algún rato, sin que la mujer se diese cuenta, de que de vez en cuando la observaba.

Al terminar la lectura, Holmes, sin decir palabra, salió de la habitación.

Apenas había traspuesto la puerta cuando sonó una fina campanilla en el escritorio.

Asustada, la señorita Millford se levantó. De pronto y como movido por una fuerza invisible, vió que saltaba un

muelle, el cual hacía caer la tapa del aparato de espejos. Vencida por la curiosidad, que no pudo resistir, echó una mirada al espejo. Poco faltó para que no lanzara un grito de sorpresa, viendo en la placa de cristal el reflejo de una cara humana.

El semblante era de un hombre de unos cincuenta años. Llevaba el cabello tan corto que no era difícil distinguir en la cabeza una ancha herida, recién cicatrizada, en cuyos bordes aparecía aún el color morado. Su cara, de facciones de criminal, llevaba una espesa y desordenada barba; era bizco y de nariz aplastada. La cabeza, grande y desproporcionada; la frente, achatada, con profundas arrugas, y las cejas, pobladas y unidas encima del hueso nasal. Llevaba anudado al cuello un paño de color encarnado.

—Es él—exclamó ella, oprimiéndose el pecho con ambas manos; el corazón le palpataba aceleradamente.

De súbito volvió la vista: había oído una voz.

—¿Usted le conoce también, señorita Millford?— había dicho Sherlock Holmes en un tono lleno de ironía. Había abierto la puerta y aproximádose a la mujer sin que ésta le hubiese percibido.

Luego de una breve pausa, continuó:

—¡Es un señor muy amable! ¿Desea usted hablarle un rato? Basta apretar este botón. Pero no, comprendo que tal conversación le sería muy desagradable; además, me falta tiempo para recibir en este momento a ese señor, pues tengo que salir. Esperemos hasta que haya desaparecido esa cara tan interesante. Mire usted al espejo; ya no se ve, prueba de que se ha retirado de la puerta del jardín. Pero está muy emocionada; hubiera sido mejor para usted no enterarse de esta instalación secreta. Vamos, señorita, el espejo me dice infaliblemente que usted conoce a aquel individuo.

—Por amor de Dios—exclamó la joven—, no comprendo sus palabras.

—Ya aprenderá usted a comprenderlas—repuso Holmes con sequedad—. Espero descubrir pronto le secreto que aún envuelve a su hermano. Pero me parece que lográndolo no le haré a usted un gran favor. ¿No es eso, señorita Millford?

Dichas estas palabras, rogó a la señorita que le siguiera y ambos abandonaron



¡Es él!—exclamó ella

ron la casa por una puertecita que conducía a una calle lateral; la de Bakerstreet. Holmes llevaba un elegante traje de sociedad. Sin que la mujer lo hubier a notado, había dado Holmes algunas instrucciones a Taxon, que permaneció solo en la casa.

Llegados a una calle más concurrida, invitó Holmes a su compañera a subir junto con él a un coche, dando al cochero orden de conducirles inmediatamente a New Scotland Yard, al jefe de la policía secreta...

## CAPITULO II

### EN EL LUGAR DEL CRIMEN

—¡ Ah !, ya sabía, míster Holmes, que usted no faltaría—exclamó míster Sherswood, el jefe de la policía secreta, dirigiéndose al célebre detective, cuando éste entraba en su despacho particular.

—¡ Oh !—replicó Holmes—, no me habría permitido molestarle, a no ser para presentarle a usted a un joven muy interesante, el cual recomiendo a su especial atención.

El jefe de policía escuchó con sumo interés, pero al parecer no entendía bien el sentido de las palabras de Holmes, el cual continuó diciendo:

—Sí, me parece que está en relación con los sucesos de Oxfordstreet. Dice llamarse mister J. Millford y pretende ser pariente del cónsul Peterson. Hace una hora poco más o menos que vino a pedirme auxilio para averiguar el paradero de Peterson, pero desde el principio de la conversación que tuve con él, me pareció tan sospechoso, que creo conveniente su inmediata detención. Estoy seguro de que sabe algo de la desaparición misteriosa de Peterson y quizá hasta sobre los extranjeros de Oxfordstreet.

—¿Y dónde tiene usted ese señor Millford?

—Por de pronto le dejé a cuidado de uno de sus comisarios.

—Muchas gracias, Holmes—dijo el alto funcionario—, usted aparece siempre en el momento más oportuno y sin que haya necesidad de llamarle.

—El incidente de Oxfordstreet me interesa—replicó secamente—. Si por casualidad sus empleados no hubiesen descubierta nada todavía, me proporcionaría gran satisfacción poder ocuparme del asunto.

Mister Sherwood encogióse de hombros.

—Verdaderamente, resultados notables no hemos obtenido aún—contestó, descubriendo por la expresión con que pronunciara estas palabras, que hacía esta declaración muy a despecho suyo—. Pero ya veremos si el interrogatorio de Millford aportará alguna luz en el misterio. En seguida carearé a ese mister Millford con los criados persas a quienes tenemos encarcelados desde esta mañana. ¿Quiere usted asistir al interrogatorio para formular usted también algunas preguntas?

—Me reservo este derecho para más tarde; por de pronto, le rogaré a usted que me excuse la asistencia y que tenga la deferencia de facilitarme un permiso para que pueda visitar la casa del crimen en Oxfordstreet.

—Gustoso accedo a sus deseos—replicó el policía—, le haré acompañar por un detective que está especialmente destinado a la observación de la casa. Debe usted saber que ya desde hace tiempo estudiamos aquella casa y esto por or-

den del Gobierno. Usted no ignora, querido Holmes, que los encargados y favoritos de altos personajes, están siempre protegidos secretamente por la policía. Ellos nos proporcionan constante trabajo, por lo cual nos gusta más verles marchar que llegar.

Tocó un timbre y a los pocos minutos entró un oficial de policía de ya avanzada edad. Despidióse del jefe de policía y salió Sherlock Holmes de New Scotland Yard, acompañado del oficial, para acudir en seguida al lugar del crimen.

Por el camino entablaron conversación; llegados al particular de la desaparición de Peterson, dijo Holmes a su compañero:

—El investigar el paradero de mister Peterson no supone dificultades. Más trabajo nos dará el crimen principal, pues convendrá usted, querido Frix, en que es muy insignificante y, si usted quiere, sin importancia alguna, lo que hasta ahora ha descubierto la policía sobre estos asesinos y ladrones.

—Es verdad—replicó el oficial—. Sin embargo, mister Holmes, no comprendo por qué cree usted más difícil la detención de los asesinos que el descubrimiento del paradero del cónsul. Todo lo contrario de lo que yo creo; para mí se explica muy fácilmente el asesinato de los persas de Oxfordstreet. La cosa es muy sencilla. Uno de esos atrevidos criminales que infestan la metrópoli inglesa, logró introducirse en la casa. Ya sabe usted que cuando se trata de despistar a las autoridades y borrar las huellas, poco importa a los criminales unas vidas más o menos. Casi puede decirse que se alejaron con su presa a los ojos de la autoridad. Es un crimen como todos y con las mismas circunstancias. Más difícil es el caso referente al cónsul, el cual era muy bien conocido y estimado de todos cuantos le han conocido.

Sherlock Holmes no contestó; sacó del bolsillo una petaca, que ofreció a su compañero después de servirse él mismo.

—Muchas gracias, mister Holmes—replicó el policía fingiendo una sonrisa, —estando de servicio, no me permito estos gustos.

—Tómelo—insistió Holmes—; esta clase de tabaco no es solamente un calmante, sino que también fortalece el pen-

samiento; yo, por lo menos, experimento estos efectos.

—Parece, querido Holmes, que vuelve usted a ser sarcástico; me inspira mucho respeto su talento, pero a veces tengo la impresión de que se burla de sus colegas policíacos. Yo, por ejemplo, tengo también mis experiencias. Me es incomprendible que usted no quiera adherirse a mi modo de ver en el presente asunto.

—Bueno, amigo mío, no hay para qué disputar—repuso Holmes—, tiene usted razón. Pero, permítame aconsejarle que no se encapriche demasiado con su criterio. Probablemente tendrá usted que cambiar radicalmente su modo de pensar. Conviene fijarse bien en los más insignificantes detalles y trabajar con suma cautela y discreción.

—Este buen consejo llega algo tarde—contestó maliciosamente el oficial—. Gracias a los consejos de la prensa, conoce a esta hora todo el mundo el crimen con todos sus detalles. Además, las primeras autoridades de la policía han facilitado inmediatamente a sus colegas de Europa entera, a todos los trasatlánticos, a las casas de préstamos, etc., descripciones exactas de las perlas robadas para imposibilitar la venta de las mismas. ¿No le parece a usted ésta una buena idea?

Sherlock Holmes sonrió irónicamente.

—No espero nada absolutamente de esa medida—dijo después de pocos momentos de silencio—, esos bribones que llevaron a cabo el asesinato y robo con tanta audacia, no serán tan torpes que se dejen prender en cualquier casa de préstamos. Pero ya llegamos a Oxford-street. Para no excitar la curiosidad de la multitud, haremos bien en entrar en la casa uno después del otro. Procuraré entrar sin que me reconozcan.

Y, en efecto, lo logró. Nadie presumía que el que entraba pudiera ser el célebre detective.

El policía le recibió a la entrada de la casa conduciéndole acto seguido al interior de la misma, donde le presentó a varios otros oficiales que desde el descubrimiento del crimen tenían a su cargo la custodia del edificio.

Uno de aquellos señores se puso a la disposición de Holmes para enseñarle la casa con todas sus dependencias.

Las ventanas del piso bajo estaban tapiadas. La casa no tenía más que una

entrada estrechísima y provista de una sólida puerta de hierro, armada con todos los aparatos de seguridad de la técnica moderna, de modo que, a juicio de Holmes, los malhechores no pudieron entrar por allí. Sin duda, había una segunda y secreta entrada.

No comunicó a nadie su suposición, aunque se convenció de su exactitud cuando le participaron que no solamente había continuamente vigilantes a la entrada de la casa, sino también en las escaleras, pasillos, subterráneos, etc., de modo que era completamente imposible que entrase alguien sin ser visto.

Con gran interés inspeccionó Sherlock Holmes la casa, las dependencias, el patio.

En una habitación situada en el primer piso, había vivido el enviado del Sha.

También trabajaban allí durante el día sus secretarios, mientras los cuartos vecinos servían de taller para los joyeros.

Para llegar a los talleres era indispensable pasar por el gabinete del encargado, pues no había otra puerta para entrar.

Llegada la hora de comer se servía la comida a los obreros en el mismo taller y por mediación de un criado de toda confianza. Los empleados no tenían, por lo tanto, que entrar y salir sino una sola vez al día.

El encargado del Sha no se alejaba de la casa ni durante el día, ni durante la noche; también él tomaba sus comidas en su gabinete del primer piso, donde igualmente dormía durante la noche bajo la vigilancia de un criado muy adicto.

El crimen se había desarrollado en las habitaciones del encargado. Por allí debieron pasar los asesinos para robar las perlas y diamantes, guardadas durante la noche en fuertes cajas de caudales blindadas con gruesas planchas de acero.

Holmes encontró abiertas esas cajas, las cuales no presentaban la más mínima señal de violación.

Tampoco por las ventanas pudieron entrar los ladrones, puesto que estaban provistas de fuertes rejas de hierro.

—Ya ve usted, mister Holmes—dijo al detective el policía acompañante—, que el dueño de la casa había tomado todas las precauciones posibles para evitar un robo. Los criminales no han podido penetrar desde fuera. Tampoco han

podido alejarse con su presa por las ventanas. Consta que los obreros que trabajaban en el subterráneo y que actualmente aún siguen detenidos no están en relación alguna con el crimen. Se les ha examinado muy detenidamente y ni siquiera la menor perla ha sido encontrada encima de ellos. El registro se practicó minuciosamente; se les obligó a desnudarse y todos los vestidos se revisaron igualmente. Aquí puede usted convencerse de que están intactos los enados de las ventanas.

Estaban, en efecto, intactos; los criminales no los habían tocado.

Sólo en la última ventana descubrió Holmes un detalle sospechoso, del cual aun no se habían dado cuenta los policías.

Quedó Holmes muy pensativo, rogando a su compañero que le dejase meditar un momento.

Luego se acercó a la ventana, llamando la atención al oficial sobre lo que había descubierto, quedándose éste sorprendido del ingenio del detective.

—Admito, señor colega—dijo al oficial en tono cordial—, admito que estas rejillas son tan sólidas que ya mirándolas superficialmente hay que desecher el pensamiento de que los criminales hubiesen podido servirse de las ventanas para escapar, pero, no obstante, mister Scape, usted no me negará que especialmente esa última ofrece grandes probabilidades para una evasión.

—Esto es lo que no comprendo — replicó el comisario, sacudiendo con toda su fuerza los barrotes de hierro.

—Y, no obstante, no podrá usted menos de darme la razón—repuso Holmes, sonriendo—. Dígame, ¿no encuentra usted nada sospechoso en esta ventana? ¿No le llama la atención nada en ella?

Otra vez examinó el funcionario la ventana.

—No, mister Holmes—dijo finalmente, mirando con sumo interés al detective, como si quisiese leer en los ojos del mismo—. No; no descubro nada que me parezca sospechoso.

—Pues esto es lo que a mí me sorprende en gran manera, señor policía—exclamó Holmes—, mister Scape, haga

el favor de mirar bien el muro por los lados de la ventana y examine usted la parte superior y la inferior de la misma.

El policía, acudiendo a esta invitación, acercó sus ojos al muro hasta tocarlo con la cabeza.

—¿Todavía no observa usted nada?

—Nada, mister Holmes; por lo menos, nada de sospechoso.

—Entonces yo se lo enseñaré—replicó Holmes—. ¿No ve usted esta línea fina, casi invisible, que circunda toda la ventana?

Mister Scape no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa.

—En efecto, mister Holmes, ahora lo comprendo todo. ¡Parece mentira! ¿Será posible?

—¿Cree usted posible que los ladrones hayan quitado toda la ventana sin tocar los barrotes? Es muy lógico. Tengo la plena convicción de que las joyas y perlas fueron robadas por este camino.

Hecho este descubrimiento, se trasladaron al primer piso, donde encontraron algunos oficiales de policía, los que, no sin cierto resquemor, se enteraron del importante secreto descubierto por Holmes, quien bajó luego al subterráneo para proseguir allí minuciosamente su registro. En varios sitios reconoció los gruesos muros, golpeándolos con un martillo de acero, sin preocuparse de los policías que le dirigían miradas llenas de asombro.

Finalmente, se despidió de los oficiales, abandonando la casa.

—No se le puede negar—dijo el teniente Prix al comisario Scape—; ese Holmes es un talento; de él podemos aprender mucho.

—Sí, parece nacido exprefeso para ser criminalista — repuso el comisario—, y en medio de su talento, hay que reconocerle una sangre fría envidiable. Nada es bastante a desconcertarle. Apostaría que en el asunto que nos tiene en danza, haremos un papel muy ridículo.

—Es posible. Pero yo confío en que nuestro colega mister Lodge demostrará que él también tiene talento y experiencia.

## CAPITULO III

EN EL BARRIO DE LOS  
CRIMINALES

Terminado que hubo el registro de la casa de Oxfordstreet, volvió Sherlock Holmes a New Scotland Yard para saber el resultado del interrogatorio a que se había sometido al pseudo señor Millford. El, por su parte, estaba plenamente satisfecho del resultado de su visita a Oxfordstreet.

Además de lo que descubrió en la ventana, había observado varios detalles bastante sospechosos, que, sin embargo, no había comunicado a los policías.

Combinando todas las circunstancias del crimen, recordó que ellas coincidían con la manera de obrar de cierto criminal, del cual tuvo que ocuparse repetidas veces en sus aventuras; tenía casi la plena convicción de que aquél era uno de los asesinos de Oxfordstreet.

Cuanto más reflexionaba, tanto más lógica le parecía la suposición de que Bob Greenfield no había sido extraño al crimen misterioso en que se ocupaba Holmes.

La familia del banquero Greenfield había vivido durante muchos años en aquella misma casa, en la que Bob había pasado los tiempos de su infancia y adolescencia y permaneciendo en ella hasta poco antes de cometer un robo sin precedentes, del que hizo víctima a su propio padre. Esta fechoría fué el primer paso que dió en su carrera de criminal, habiendo logrado, luego, fama de ser el pillo más peligroso de Londres.

Su desgraciada familia le había facilitado los medios para fugarse a América, de donde volvió a los pocos años. Parecía que en ultramar se había dedicado al estudio de los crímenes y de la manera de perfeccionarlos, pues vuelto a Londres, los criminalistas más renombrados quedaban asombrados ante su astucia. La policía de Londres, conocida

como una de las mejor organizadas del mundo, se mostraba incapaz en frente de los alevosos robos y atentados de que Greenfield era autor único. Holmes trajo conocimiento con Greenfield en ocasión de un robo importantísimo, en el proceso del cual logró convencer al tribunal de la culpabilidad del acusado. Según Holmes, sabía por referencias que se había fugado otra vez a América, después de expiar su pena. ¿Pero qué relación podía haber entre Greenfield y la señorita «de la mañana», que pretendía ser la hermana del cónsul Peterson? Era éste un caso extraordinario.

Reflexionó Holmes un momento, luego, reflejaron sus labios una sonrisa, recordó haber encontrado varios años atrás a aquella mujer en compañía de Bob Greenfield en un café mal reputado y frecuentado especialmente por prostitutas y rufianes.

—Sí, para Holmes no cabía duda: el caballero que se había presentado por la mañana, era sencillamente la compañera de Bob Greenfield; quizá su amante.

De todos modos era seguro que formaba parte de la sociedad de los criminales londinenses; esto lo probaba su confusión al ver el retrato del hombre en el espejo ingenioso, en la oficina de Holmes.

También aquel hombre era conocido por el detective: le llamaban entre los criminales «Alberto, el marino».

Hilvanando estos recuerdos, Sherlock Holmes llegó a la jefatura de policía en New Scotland Yard, donde fué recibido por el comisario Brown, amigo suyo, el cual le expresó susor presa al reconocer en míster Millford a una linda mujer. Sometida ésta a un interrogatorio muy hábil, confesó por fin ser la amante de un tal Isaak Withney y que la visita

el célebre detective había reconocido como único fin burlarse de él. Negó rotundamente conocer a «Alberto, el marino». En cuanto a la dirección de Brookstreet, que había dado a Sherlock Holmes, la había inventado para hacer creer que era realmente la hermana de Peterson.

—En resumen, querido Sherlock—dijo finalmente míster Brown—, mi opinión sobre esa mujer es la siguiente: me parece inocente, es decir, que no tiene nada absolutamente que ver con el crimen de Oxfordstreet.

—Según y cómo— replicó Holmes—, yo, por mi parte, tengo un modo de ver muy diferente al suyo. ¿Puede usted decirme si ya está encargado algún funcionario de la investigación del asunto?

—Ya lo creo; el oficial más experto y astuto está ocupándose de la causa desde ayer.

—¿Ah, sí? ¿Me podría facilitar algunos detalles? Le quedaría muy agradecido. Ya sabe usted que no es costumbre mía meterme donde no me importa, pero este es un caso muy especial que me interesa sobremanera; especialmente, desde que visité el lugar del crimen. Tengo la opinión de que la cosa no presenta dificultad alguna y que pronto estará todo perfectamente aclarado.

¿Lo cree usted así?—preguntó míster Brown con una sonrisa de incredulidad, pues él, por su parte, no opinaba del mismo modo.

—Querido Holmes— continuó—, usted ha sido siempre optimista, si bien es verdad que ha demostrado ser más cuerdo tomarse la vida así. Sin embargo, volviendo sobre el asunto: míster Lodge cree conveniente dedicar especial cuidado a lo que concierne a Isaac Withney, el amante de la Millford.

—Pues, esto dará a míster Lodge buen trabajo. Admito que ese Withney tenga participación en el crimen de Oxfordstreet, pero no creo que míster Lodge consiga descubrir a un pilla tan astuto y hábil. Ya desde varios años le persigue la policía londinense y nunca ha conseguido capturarle.

—Sí; es un talento en su oficio—repuso el comisario—. Aun no hemos conseguido detenerle, aunque consta que roba y asesina continuamente, pues todo el dinero que gasta viviendo como un príncipe, proviene de sus correrías nocturnas. Ese bribón vive en uno de los primeros

y más lujosos hoteles de la capital, se viste como un lord, frecuenta los clubs más elegantes y tiene bastante dinero para pagar carruaje y una villa en Dartford.

—Ya lo sé, querido Brown; lo que usted me cuenta no es nada nuevo para mí. Deseo mucha suerte a míster Lodge; pero no conseguiré mucho. Por de pronto, me retiraré. En caso de que les hiciese falta, ya saben ustedes dónde encontrarme. De momento, no pienso ocuparme en este asunto.

Se despidió de su amigo y se marchó.

El comisario acercóse a la ventana para mirar a Holmes.

—Parece que está muy pensativo murmuró para sí—, está muy serio. Diríase que le ha molestado que no se le haya encargado el asunto. Es la pura envidia. Pero, finalmente, hay que darle la razón. Por capaz que sea el amigo Lodge, ni en mucho puede compararse a Sherlock Holmes.

—¿Ha estado aquí alguien durante mi ausencia?—preguntó Holmes a su secretario Harry, entrando en su casa de Bakerstreet.

El preguntado sonrió discretamente.

—Sí, míster Holmes; han preguntado por usted.

—¿Quién? ¿Un conocido mío?

—Sí; uno muy antiguo.

—Ah, ya comprendo: el profesor.

—Perfectamente.

¿Qué quería?

—Decía que tiene mucho de nuevo e interesante para usted.

—Esto me gusta. ¿No ha dicho nada en concreto? ¿Cuándo volverá?

—Desgraciadamente, no tiene tiempo para volver; así es que me encargó rogara a usted tenga a bien visitarle en su casa, pero, de ser posible, hoy mismo.

—Está bien; entonces volveré pronto a marcharme, mas antes de hacerlo tengo que despachar algunos asuntos urgentes. Me detendré en casa media hora y durante este tiempo no quiero ser molestado. Si viniese alguien, no lo dejes entrar.

—Muy bien—contestó respetuosamente Taxon, abriendo a su amo la puerta del despacho, que al mismo tiempo servía de sala de recepción.

Era un cuarto bastante espacioso y amueblado cómodamente. En las paredes había grandes estantes con numerosas cajitas ordenadas alfabéticamente,

conteniendo las historias de todos los asuntos en los cuales había intervenido Holmes. Además, había una biblioteca repleta, conteniendo las obras más notables de la literatura criminalista.

El despacho estaba con muebles de todas clases, para poder acomodarse lo más agradablemente posible. Una *chaise longue* con mullidas almohadas. Una preciosa chimenea. Varios instrumentos que demostraban que, a pesar de sus muchos quehaceres, el dueño de la casa era aficionado a la música. En un ángulo, destacaba una rica colección de armas orientales. Al lado del tomawak del indiano, se veía el bumarang del australiano, las flechas envenenadas de los habitantes de las isla Fidshi, el machete del mejicano y muchas otras.

Sherlock Holmes no se detuvo en el cuarto, sino que se retiró a una habitación vecina, más pequeña. El detective llamaba a esta segunda habitación su arsenal. Había todas las herramientas de las cuales se sirven los criminales, como ganzúas, palancas, berbiquís, limas, linternas de todos sistemas y tamaños, etcétera. También había los instrumentos de la policía para dominar a los criminales, como cadenas, grilletes, etc., todos los instrumentos para medir según el método de Bertillon, gracias al cual se puede reconocer a los criminales reincidentes en virtud de medidas antropométricas, etc., etc.

Allí había, además, un gran armario conteniendo trajes de las clases más diferentes, usados por el detective para disfrazarse.

En un estante aparte, una colección de armas y otros instrumentos que empleaba Holmes en sus pesquisas. Hasta los diminutos aparatos fotográficos que Holmes colocaba ora en el reloj, ora en el sombrero, sin que nadie pudiese advertirlos. También había máquinas parlantes y cinematográficas; en una palabra, todo lo que puede necesitar un Sherlock Holmes para obtener sus sorprendentes resultados.

Después de revisar todos estos tesoros, abrió Holmes uno de los armarios para sacar un traje de marinero que iba a ponerse. Dándose mucho colorete y poniéndose una barba postiza, se transformó en marino; terminó el disfraz salió de su casa para mezclarse con la muchedumbre de Bakerstreet. Con el paso vacilante de los marineros atravesó las

calles, corriendo más de una vez el riesgo de dar contra la columna de un farol. Ciertamente, nadie suponía que bajo tal disfraz, bajo el *alquitrano* de repugnante olor, se ocultara el detective más célebre de Inglaterra, quizá del mundo entero.

Después de haber andado durante una hora llegó Holmes a uno de los barrios más bajos de Londres, el barrio de Whitechapel, en el cual se encuentran los lupanares que la pobreza, la miseria, el vicio y el crimen sustentan.

Ya obscurcía cuando llegó a Brushfieldstreet, que si bien es una de las calles más animadas de la capital, es también una de las más pobres y abandonadas de la parte oeste de Londres.

Tanto durante el día como durante la noche, Brushfieldstreet está frecuentada por una multitud de gente, casi exclusivamente criminales, prostitutas, mendigos, etc.

Un hombre decente no puede pasar por aquella calle sin exponer su vida. Los habitantes de centenares de estrechos patios y callejones, de hediondos pasajes y madrigueras, pasaban en aquel distrito su vida viciosa.

En las torres de una iglesia cercana sonaron las nueve cuando Holmes llegó al final de la calle para entrar en otra lateral, aún más hedionda que por la que acababa de pasar. El aire estaba impregnado de malos olores; la atmósfera, insoportable.

El clamor de la muchedumbre, salvajes gritos, juramentos como solamente se pueden oír en un barrio tan degenerado, retumbaban en la estrecha vía.

El detective había atravesado la calle por la mitad de su longitud, cuando se dió cuenta de un grupo de gente, todos individuos de aspecto sospechoso. Sabiendo que a ese gentío importaba menos una vida humana que la de un escarabajo, Holmes prefirió pasar por la izquierda, aunque estaba seguro que gracias a su famoso disfraz, nadie le reconocería.

Los individuos del grupo, todos vestidos con trajes sucios y desharrapados, no eran de aquellos mozos adolescentes con cara de hombres que se dedican a robar portamonedas, carteras o relojes, mezclándose entre la gente en los mercados y estaciones del ferrocarril, sino hombres fornidos, altos, anchos y fuertes, con los cuales un encuentro a solas en

una calle aislada sería poco agradable, sin duda.

Estaban reunidos allí, esperando que se presentase una ocasión para saquear a algún pacífico transeúnte.

Sin preocuparse de estos holgazanes, continuó Holmes caminando, aparentemente, sin notar que los mozos se hicieran señas, agrupándose luego como para un ataque. Sin embargo, parecía que no se atrevían a poner en práctica su plan, pues vacilaban antes de decidirse: quizá habían percibido, bajo el traje del marino, la figura musculosa del detective, pareciéndoles éste ciertamente demasiado vigoroso para estar seguros de buen éxito en el asalto.

Aun estaban discutiendo, cuando se asoció a ellos otro hombre, alto y fuerte y de unos cuarenta años de edad. Enterado de lo que sucedía, mofóse con desprecio de la cobardía de los demás.

—Si tienes valor, Alberto, puedes buscarle camorra tú.

Holmes, que oyó esas palabras, se fijó en el individuo, reconociendo en él a «Alberto, el marino», el mismo que Jane Millford había visto por la mañana en el espejo eléctrico.

Pero le detective no tuvo tiempo para entregarse a meditaciones. Animados por los impulsos de los demás, se arrojaron «Alberto, el marino» en compañía de otro vagabundo, también de robusta figura, sobre Sherlock Holmes, procurando arrojarle al suelo. Ya se disponían los demás a seguir el ejemplo de los agresores, pero en seguida retrocedieron espantados. «Alberto, el marino», a quien creían invencible, rodaba por el empedrado, quedándose allí como muerto: el detective le había asestado un golpe de jiu-jitsu.

Holmes siguió su camino como si nada hubiese ocurrido. Pronto llegó al borde del Támesis donde se paró delante de una casita de ladrillos, pintada de negro. Llamó algunas veces, golpeando la puerta con el puño. La puerta se abrió lentamente para volver a cerrarse en seguida, una vez que Holmes había entrado.

Sherlock Holmes se encontró en el pasillo de la casa, alumbrado por una luz de aceite. Una sucia y asquerosa mujer le recibió, acompañándole luego al primer piso.

Holmes abrió una puerta dándole un empujón y entró en un cuarto sombrío

y oscuro. Las ventanas del mismo estaban tapadas con gruesas planchas de madera, para impedir que penetrasen algunos rayos de luz. La pieza era muy baja y reinaba en ella un calor insoportable, que salía de una descomunal y, en aquellos momentos, ardiente estufa de hierro, colocada en un ángulo.

La habitación, bastante espaciosa, estaba dividida en dos partes por medio de una pared mugrienta. Una parte servía al dueño de la casa de dormitorio. En un lado había una mezuquina cama, mientras al otro no se veían sino grandes cajones de madera.

De las paredes colgaban prendas de vestir sucias y harapientas.

En la otra mitad de la habitación se veía a un anciano, que frisaba en los sesenta años, sentado ante una vieja mesa a la que faltaba media pata.

Se ocupaba en preparar algunos polvos. Detrás de él había un hogar con un vivo fuego, encima del cual hervía en varias cacerolas un líquido indefinible.

El viejo, con su blanco cabello cuyos rizos caían sobre la frente, habría producido la impresión de un anciano honrado, a no haber en sus ojos un brillo de malicia y astucia.

Evidentemente, intentaba fabricar alguna secreta mixtura.

En aquel momento entró Holmes en el improvisado laboratorio. El viejo se levantó para saludarle.

—Buenas noches, mi profesor — dijo Holmes al anciano, dejándose caer en una silla carcomida—. He cumplido con su invitación. Vamos a ver, ¿qué hay de nuevo?

El viejo se echó a reír cuando reconoció la voz del célebre detective, disfrazado de marinero.

—Sí dijo tomando asiento en frente, —tengo algo para vos que os interesará.

—Ah — replicó Holmes—, ya puedo figurarme qué noticias serán. Supongo que lo que vais a contarme se relacionará con el crimen de la Oxfordstret, la desaparición del cónsul Peterson y, finalmente, el robo de las perlas y diamantes. Estos son los temas de todas las conversaciones en Londres, por ser los sucesos más sensacionales del día y, en cuanto a mí, ya sabéis que tengo una gran predilección por asuntos de esta índole; creo que en este concepto me conocéis bastante. Me gustaría, por lo tanto, que



*Cerró los ojos para no ver nada, cuando...*

podieseis facilitarme algunas noticias con respecto a Bob. Sé que sois el más enterado de todo cuanto sucede entre los criminales y ladrones de la capital, sois el confidente de todos. Sí, sí, querido profesor; no exagero si digo que sois un verdadero diccionario de la criminalología de Londres: solamente hay una dificultad con el uso de ese diccionario: hay que saber leer en él.

Las palabras de Sherlock Holmes debieron sonar en los oídos del viejo como las lisonjas más dulces, pues, satisfecho con ellas, se puso a reír sarcásticamente.

—Sí, tenéis razón, mister Holmes, aquí vienen a verme todos los que tienen por qué temer la luz del día y están trabajando de noche. El viejo profesor sabe para todos un consejo y les ayuda en cuanto lo cree razonable sin que corra riesgo de comprometerse. ¿Queréis saber dónde se encuentra Bob Grenfield?

El detective hizo signos afirmativos.

—Well, mister Holmes —continuó el

viejo misteriosamente—, pudiera deciros muchas cosas que si no fuera por mí nunca sabrías, pues Bob Greenfield ha llegado a ser muy prudente desde que le han cogido varias veces. Ese buen chico me ha hecho ganar ya muchos cuartos y por eso comprenderéis fácilmente que no puedo traicionarle. Hace pocos días estuvo aquí para recoger algunos frascos de elixir de vida que me ha encargado.

¡Ah!, comprendo — contestó el detective—. Decidme todo lo que sabéis y si efectivamente podéis facilitarme una noticia de verdadera importancia, poco me importará un puñado de esterlinas; recordaréis que siempre os he pagado espléndidamente.

—Sí—replicó el otro—; esto es verdad y si no fuese así, no seríamos amigos desde hace tantos años; el profesor no puede trabajar gratuitamente.

Sin contestar, sacó el detective la cartera y tiró en la mesa un billete de

banco de elevado valor. Avidamente, lo recogió el profesor, examinándolo con detenimiento.

El examen debió resultar favorable, pues a los pocos momentos guardó el billete en el bolsillo de la sucia americana que vestía, sonriendo.

—Bueno—dijo, finalmente, fijando sus ojos astutos y de color gris en los del detective—; si me prometéis no traicionarme, os descubriré el secreto.

—No me digáis tonterías—repuso Holmes—. Tendrías que conocerme y saber que sé callar. Si yo hubiera querido hablar, estarían ahorcados ya, no solamente vos, sino también la mayoría de los habitantes de este barrio. Amor con amor se paga. Hablad, pues, sin escrúpulos, podéis estar seguro de mi discreción.

—Pues si queréis informaros exactamente del actual paradero de Bob Greenfield, será lo mejor dirigiros a Isaac Withney. Apostaría la cabeza, que aquél debe saberlo.

—Es decir, creéis que Withney le tiene oculto. ¿Quizá en su torre de Dartford?

El viejo hizo una señal afirmativa, diciendo:

—Si bien no exactamente allí, pero por cierto muy cerca de su torre. Ahora no puedo deciros más.

—¿Entonces trabaja Bob ahora con Withney? Withney es su socio, ¿no es eso?

—Creo que es así. Withney no se quedará sin su recompensa, pues Bob es un criminal de primera.

—¡Maestro, sabéis más! Decidme cuanto sabéis; os he pagado. ¿Qué hay de aquellos dos individuos que acaban de asaltarme? ¿Sabéis algo de «Alberto, el marino» y su compañero? Me parece que ellos también participaron en el negocio de Oxfordstreet. Si me decís todo lo que quiero saber, os pagaré regiamente. No tendréis que ganáros la vida mezclando polvos para dormir, que sin duda ya han despedido a muchos de este mundo.

—Lo siento mucho, pero no puedo deciros nada en concreto—replicó el viejo—será indispensable que vos mismo agáis las oportunas indagaciones.

—Bien, no quiero insistir—replicó Holmes—. Sois terco. ¡Si os proponéis callar, todo es inútil: no se os puede abrir la boca ni con una palanca!

El viejo sonrió satisfecho, como si

Hubiese le hubiese dicho la mejor idea, y Sherlock Holmes abandonó la casa.

Al llegar a la calle, reflexionó además debía dirigirse. Estaba tan preocupado en sus meditaciones, que no se dio cuenta de que le esperaba un individuo en la sombra de la casa de enfrente.

Era «Alberto, el marino».

No había podido perdonar a Holmes el golpe tremendo que le había asestado hacía poco rato.

La calle estaba completamente desierta; aparte de ambos no había nadie en ella.

—Espera, miserable; ahora no te escaparás—murmuró el ladrón, rechinando los dientes—. Ahora te mataré.

De repente sacó del bolsillo de su sucia blusa un hierro de los llamados rompecabezas, que siempre llevaba consigo.

Como un tigre, se arrojó sobre su enemigo.

Mas no había tenido en cuenta las fuerzas de su adversario. Dos golpes le proporcionó el criminalista admirablemente, logrando desarmar al vagabundo.

«Alberto, el marino», entonces, pasó a luchar a puñaladas.

Pero todo fué en vano. Pronto le sujetó Holmes, echándole al suelo y arrojándole encima.

—Perdón, perdón—suplicó cuando Holmes le apretaba de tal manera que le faltaba el aliento.

Holmes tomó el hierro levantando la mano como si quisiera dar a su agresor el último golpe.

Aterrado, vió el vencido el arma dispuesta para proporcionarle un golpe que sin duda hubiese bastado para despedirle de este mundo. Cerró los ojos para no ver nada, cuando sintió que su vencedor le sacudía como para ponerle en pie.

—Levántate, cobarde—exclamó el detective—. No quiero mancharme las manos con tu sangre maldita.

Lleno de asombro, miróle Alberto como si no hubiese entendido bien. No podía comprender que le perdonara la vida.

—Sí, sí—repuso el detective tranquilizándole—; ya no tienes nada que temer de mí. Tu salvación la debes solamente a la circunstancia de ser antiguo conocido mío. A no ser por esto, no habría vacilado un momento...

—Aquí—continuó Holmes—te devuelvo tu arma. Te he demostrado de sobra que tus ataques no pueden intimidarme.

Con la boca abierta, miró Alberto al detective.

—¡Me vas a entregar a la policía!

—Estás en un error, Carlos Fox. Es por otro motivo que tengo tanta paciencia con vosotros. ¿No lo adivinas?

El miserable se encogió de hombros.

—Pues bien, te lo diré. ¿Qué relaciones te unen a aquella mujer vestida de hombre, a la que has esperado esta mañana en Bakerstreet, delante de mi casa?

Al oír pronunciar su nombre, se quedó el bandido desconcertado, pero su asombro y confusión no conocían límites, cuando Holmes le hizo la última pregunta no podía explicarse cómo y dónde el detective le había observado por la mañana.

—Habla, Carlos, ya ves que estoy enterado de todo. Te perdonaré y te prometo obtener para vosotros el indulto, pero es preciso que me lo confíes todo. ¿Es Jane Millford aún la amante de Bob Greenfield? ¿Y tú tienes también algo que ver con ella?

—No, sir — contestó el viejo criminal, sintiendo en aquel momento, apuradamente, remordimientos de su vicio pasado—. Ahora la posee otro.

—¿Isaac Withney?

—Sí; veo con asombro que nada se os escapa.

—Supongo que habéis hecho juntos el negocio de Oxfordstreet. ¿Cuánto habéis, es decir, tú y la Millford, recibido del producto de aquella excursión noc-

turna? No cabe duda que Withney se quedó con una parte.

—Os juro, sir, que no sé nada absolutamente del asunto a que hacéis referencia—replicó el eriminal en tono tan sincero, que el detective no pudo menos de creerle—. En verdad, he trabajado mucho en compañía de Isaac, pero, creedme, no he quitado la vida a nadie. Por maldito que sea yo y por elevado el número de los crímenes que he cometido, a conciencia, puedo decir que no he asesinado. Y—continuó con lágrimas en los ojos—no tengo mal corazón y sé mostrarme reconocido con los que se muestran generosos conmigo. Me habéis perdonado la vida y, además, me tenéis consideraciones; esto no lo olvidaré nunca. Si puedo prestaros algún servicio, si no despreciais a un miserable como yo, aquí está mi mano, ¡seamos amigos!

—Esto me gusta — replicó Sherlock Holmes, aceptando la mano del bandido—. Si tu promesa es sincera, encontrarás en mí un verdadero amigo. No eres el primer perdido que por mí vuelve a ser un hombre decente: toma, Carlos—Holmes sacó del bolsillo una pieza de oro para entregarla a su nuevo amigo—; toma, bebe un vaso a mi salud; si te conviene, puedes visitarme en casa uno de estos días.

Holmes se despidió sin esperar una contestación, alejándose apresuradamente. Llegado al punto de automóviles, alquiló uno de ellos y volvió a casa, satisfecho de los resultados del día.

## CAPITULO IV

### LA APELACION A SHERLOCK

#### HOLMES

Sólo habían transcurrido ocho días desde los sucesos relatados en el capítulo anterior. Sherlock Holmes había seguido el curso de la instrucción del proceso del crimen de Oxfordstreet, pero

sin ocuparse personalmente de él, cuando muy temprano por la mañana, Harry Taxon le anunció la visita de un antiguo amigo: el comisario de policía mister Brown.

—Tome usted asiento, querido Brown—dijo Sherlock Holmes, ofreciendo a su huésped un cigarro—, hace bastante tiempo que no nos hemos visto. ¿Viene usted directamente de la delegación de policía?

Brown encendió el puro.

—Sí, vengo de allí—replicó, lanzando algunas bocanadas de humo—; ya sabe usted, cuando el carro está atascado, es Sherlock Holmes quien debe ponerlo en marcha.

—Sí; estoy acostumbrado a eso—repuso Holmes, ofreciendo a su amigo un vasito de sherry brandy—. Eso ya no me extraña. Pero, dígame, ¿ese Lodge no ha descubierto nada?

El policía se encogió de hombros.

—Efectivamente, el caso es más complicado de lo que pensábamos—dijo, dando un chasquido con la lengua, paladeando el brandy, que era excelente.—Lodge ha observado continuamente la torre de Isaac Withney en Dartford, pero sólo ha podido averiguar que Withney visita su torre diariamente a la misma hora, a eso de las seis o las siete de la tarde. Se detiene siempre bastante rato en la casa y vuelve luego a su hotel en Piccadilly, donde ahora, como antes, lleva la vida de gentleman.

—¿Y esto es todo?—preguntó Holmes.

—Desgraciadamente, sí; parece imposible coger a ese hombre en flagrante delito. No puede prescindir de pasar diariamente algunas horas en su torre. Por lo visto, le hace mucha gracia burlarse de nuestra policía secreta.

—Claro—replicó Holmes—, el hombre sabe que es vigilado y ha llegado a ser prudente. Pero, a pesar de esto, es preciso que aclaremos pronto el asunto. ¿Y Lodge no ha notado nada de extraño o sospechoso en la conducta de Withney?

—¡Oh!, esto sí; le parecía que Withney, al visitar la torre, siempre llevaba algo en los bolsillos.

—¿Y de qué deduce Lodge esta suposición?

—Nos dijo que al acercarse a su torre, Withney siempre llevaba las manos al aire, mientras al salir de la torre las llevaba en los bolsillos.

—Esto no prueba nada. La torre en Dartford es propiedad de Withney y, por lo tanto, puede él llevar a ella o llevarse de allí lo que le venga en gana.

—Holmes, usted tiene hoy opiniones muy extrañas.

—No del todo; opino que Withney siempre hizo lo contrario de lo que aparenta a fin de engañar al observador. Aquel bribón no ha llevado nada a la torre, sino que es de donde ha sacado algo. Para mí, esto es evidente.

—Indudablemente, querido Holmes, usted tiene un talento extraordinario para combinar probabilidades y no niego que casi siempre ha dado en el blanco; pero en este caso me parece su suposición algo atrevida. No una vez solamente, sino repetidas, he visitado secretamente la torre en cuestión; la he registrado lo más minuciosamente posible, desde el subterráneo hasta el tejado, y no he podido descubrir nada sospechoso que pudiese comprometer a ese astuto pillito. Tampoco se ha confirmado nuestra suposición de que Withney fuese la cabeza de toda una banda de bandidos. No hemos encontrado en la casa nada ni a nadie.

—Eso no obstante, querido Brown, en aquella torre se encuentra la clave del misterio de Oxfordstreet. Si bien admito que no se encuentre nada; ¿no es posible que los aliados del bandido estén ocultos en un sitio cerca de la torre y que para llegar a este supuesto sitio haya que pasar por la torre?

Brown se echó a reír.

—Tengo gran curiosidad por saber lo que usted logrará descubrir y, para que no se me olvide, aquí tengo el gusto de entregarle una autorización del jefe superior de policía, para que se encargue del caso.

Holmes leyó superficialmente el documento, y luego dijo:

—Estoy dispuesto a aceptarlo, pero únicamente bajo la condición de que yo solo me ocupe del asunto. ¡Muchos cocineros echan a perder la sopa!

—¿Pretende usted que Lodge deje de hacer sus investigaciones?

—Ni más ni menos.

—Entonces daré las oportunas órdenes esta misma noche.

—¿Cuándo cesará Lodge en sus funciones?

—Hacia las cinco de la tarde.

—¡Lástima! Así pierdo mucho tiempo; pero no hay remedio; hay que resignarse. Si luego, al menos, tuviese la seguridad de que...

—Puede usted estar completamente seguro de que Lodge será avisado del cambio en cuanto vuelva esta noche a la delegación. Tenga la seguridad de que Lodge no le estorbará en sus trabajos.

—Esto es lo que deseo vehementemente.

La insistencia de Holmes era para el policía incomprensible.

—Efectivamente, no sé si debo extrañar más la rara astucia del bandido o la presunción de usted de tomar tan a la ligera el caso de Oxfordstreet, en el cual trabajamos desde hace ocho días sin obtener resultado alguno. Lo que en vano procuró conseguir toda una legión de funcionarios, ¿lo quiere lograr usted solo?

—Ciertamente, porque me he formado ya una idea de lo que pasa en la torre de Dartford, cuyo propietario, a mi juicio, es uno de los criminales de Oxfordstreet; él habrá de responder de los asesinatos y robos y también de la desaparición del cónsul Peterson.

—Entonces, mucha suerte —replicó el comisario—; pero me parece, querido Holmes, que usted se figura la cosa más fácil de lo que es. Encontrará en Withney un adversario digno de usted.

—Lo celebraré tanto más—repuso el detective—; francamente, mi querido Brown, nada me importan los persas los persas asesinados, ni las perlas ro-

badas, aunque tengan el valor de millares de esterlinas, según dicen. La humanidad no ha perdido nada con aquellos persas, ni tampoco con las preciosas joyas. Sólo me excita la probabilidad de imponer el castigo que merece a uno de los más peligrosos ladrones y asesinos, y medir mis fuerzas con las suyas. La emoción y los peligros que implican mis esfuerzos, son para mí, por así decirlo, condición de vida; me conservan la salud y fortalecen la robustez mental y física.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntóle el comisario, fijando sus ojos llenos de admiración en el célebre detective.

—Probablemente, visitaré la torre de Dartford; diga, amigo, ¿no se alegraría usted también si consiguiese descubrir a Bob Greenfield en la madriguera?

—¿Atribuye usted mucha importancia a ese Greenfield?

—¿Quién mejor que él conoce la casa de Oxfordstreet? Usted recordará que esa casa era de su padre. El, mejor que ningún otro, conoce todos los secretos del edificio y estoy seguro de que es el alma del crimen misterioso. Espero poder convencer a usted de esto dentro de poco tiempo.

El comisario se levantó.

—¡Ojalá tuviese usted razón, míster Holmes!

Los dos amigos se apretaron las manos y se separaron.

## CAPITULO V

### DOS PAJAROS DE UN TIRO

Cuando el comisario había salido, Sherlock Holmes se quedó aún largo tiempo sentado en un sillón, examinando todas las fases del crimen, para cerciorarse de si era aún tiempo para ejecutar el plan que había preparado.

Sabiendo por el comisario que Isaac Withney no se detuvo más que unas horas en su torre de Dartford, Sherlock Holmes se decidió a penetrar en ella du-

rante la noche. Creía que a esas horas no le sorprenderían los criminales.

Había que obrar con mucha cautela, Isaac Withney era un criminal de talento. Todas las autoridades sabían que solamente vivía de robos y asesinatos y, sin embargo, no se le podía acusar por falta de pruebas.

El ladino criminal pertenecía a una familia que siempre había proporcionado

do trabajo a los criminalistas. Su padre había sido el terror de la policía londinense.

El comisario Brown no había exagerado al decir que Withney era un adversario digno de Sherlock Holmes. Pero Holmes tenía confianza en sí mismo; recordaba que ya repetidas veces había intentado coger al atrevido criminal; si bien era verdad que fracasaron todos sus esfuerzos de capturarlo. Isaac Withney siempre había sabido escapar.

Sherlock Holmes comprendió, pues, que si quería obtener un resultado satisfactorio, era indispensable concentrar toda su inteligencia.

Reflexionó unos momentos, decidiéndose por fin a hacer la visita sin disfrazarse. En sus anteriores trabajos para dar con el criminal siempre se había servido de disfraz, y por eso le pareció más conveniente presentarse en su verdadera figura, aunque fuese reconocido.

Después de meditar en todos sus detalles el plan de acción, fué a su arsenal para armarse con los requisitos indispensables para una excursión tan peligrosa como la que se disponía a emprender.

Escogió en su almacén de trajes uno obscuro, el cual estaba provisto de numerosos bolsillos secretos, donde podía ocultar bien cómodamente todas las herramientas y armas que pudiesen hacerle falta. En vez de un cuello de hilo se puso uno de acero recubierto de tela, para darle el aspecto de otro cualquiera. Este cuello impedía que pudieran estrangularle cobardemente.

Llenó los bolsillos con barbas, pelucas, revólveres, puñales, cadenas, sus llaves universales, una pequeña palanca, un taladro y, finalmente, una linterna plegable. Púsose calzado de goma para andar sin ruido.

Así preparado, se puso Sherlock Holmes en camino; podrían ser las siete de la noche. Subió a un coche de punto y a todo escape se dirigió a Dartford. El tiempo favorecía su plan. Cuando bajo la avenida que conducía a la torre, la oscuridad era absoluta. El cielo estaba completamente cubierto de nubes negras.

Soplaba un fuerte viento que hacía crujir los árboles; densas nubes de polvo se levantaban y llenaban la oscura avenida, cuyas luces tremolaban, iluminando débilmente el camino.

Sherlock Holmes se tapó la cara con un velo de gasa negra.

Se puso guantes negros y gabán.

Sin hacer el menor ruido, se aproximó a la torre de Withney.

Todas las ventanas estaban oscuras. Por lo visto, no había nadie en la casa. La verja del parque que rodeaba la casa estaba cerrada. No se oía más que el murmullo de los árboles del parque.

Sherlock Holmes, aunque seguro de que no había nadie en la calle, quiso cerciorarse de que detrás de los troncos de los árboles de la avenida no había ningún observador indiscreto. Absorto en este reconocimiento había llegado cerca de la propiedad vecina, y ya se disponía a entrar en la torre cuando de repente detuvo sus pasos.

Había oído un agudo y penetrante grito de socorro, como sólo lo puede dar una mujer en supremo trance.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró el detective—. No cabe duda: el grito proviene de la torre vecina. Parece que también en ella hay trabajo para mí.

Apresuradamente, se acercó a la puerta de entrada al parque vecino, la que por medio de su llave universal logró abrir con facilidad. Cuidadosamente, cerró la puerta y dirigió sus pasos hacia la casa, cuyas ventanas del piso bajo estaban alumbradas.

Un nuevo grito, aún más penetrante que el primero, le convenció de que en la habitación de la esquina de la planta baja debía desarrollarse un drama misterioso, el fin trágico del cual había que impedir a toda costa.

Escaló la galería que se encontraba al lado posterior de la torre.

Un salto, y se encontró al lado de la entreabierta ventana, tapada con preciosas cortinas de seda.

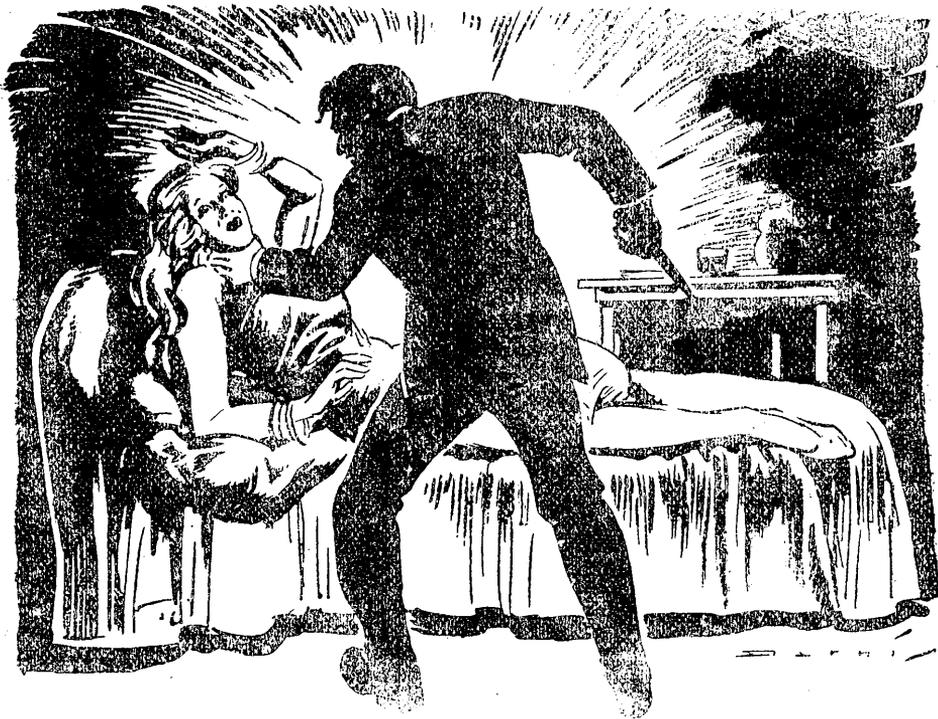
Hábilmente se lanzó al antepecho de la abertura, después de haber sujetado las hojas de la ventana contra el marco para evitar el menor ruido.

No había que temer que en la oscuridad de la noche fuese reconocido con su traje negro.

Con toda prudencia, abrió un poco las cortinas, para inspeccionar el cuarto.

Con suma sorpresa, descubrió una joven de extraordinaria belleza, extendida en un rico diván.

Llevaba un traje de encajes tan finos, que claramente podía distinguirse la forma esbelta de su precioso cuerpo, que



¡Eres una traidora,...

parecía envuelto en tenue niebla. El cabello rubio que se esparcía en abundancia sobre la blanca nuca, brillaba a la suave luz de una alta lámpara, colocada al lado del diván.

Aterrada contemplaba la hermosa mujer a un hombre cuyo aspecto, en efecto, no era para inspirar confianza.

Alto, muy delgado y con el semblante contraído por la ira; su cutis era moreno, los ojos vivos y negros y el cabello en desorden.

La sangre brotaba de una herida que tenía en la cabeza, al parecer, de arma de fuego y había manchado la tersa mejilla y el rico traje.

El hombre blandía en la mano derecha un afilado puñal, dispuesto a hundirlo en el corazón de la desgraciada, que tenía sujeta por el cuello con la mano izquierda.

—¡Muere, miserable! — gritó, dando un empujón a su víctima, mientras ésta procuraba cogerle la mano—. ¡Eres una traidora, una ramera!

Estas palabras fueron pronunciadas en un idioma que Sherlock Holmes conocía bien.

Una idea hizo palpar al detective, que creyó comprender lo que había sucedido entre la pareja.

El miserable que atentaba contra la vida de una mujer indefensa, no podía ser otro que Abbas Mirza, un pariente del Sha de los persas.

Holmes recordó la huida del pariente del Sha, de la que se habían ocupado los periódicos una semana antes.

Para Holmes no cabía duda de que Abbas Mirza tenía participación en el crimen de Oxfordstreet; quizá era el investigador del crimen.

—Yo te juro, Abbas — murmuró la mujer— que soy inocente; mi intención no fué otra que salvarle de la horrible muerte que encontraron los cinco individuos en Oxfordstreet.

—¡Mientes, infame! — gritó el persa, iracundo, cuyos ojos fulguraban como los de una fiera—. Fué tu amante en

Teherán, cuando estuvo empleado en el consulado de la capital, en casa de mi primo... Habéis vuelto a amaros.

—No, no, y mil veces no—gritó la desgraciada, saltando del diván, para tirarse a los pies de su tirano.

—¡Cómo! — gritó ferozmente Abbas Mirza—, ¿te atreves a negarlo? Hace más de una semana que tienes al cónsul oculto en esta casa. Desde más de una semana estabais enamorados el uno del otro. ¡No estoy ciego! Le he visto en tu habitación, hace un momento. Te tenía en sus brazos y te hablaba de amor; habéis cambiado apasionados besos. ¡Vas a morir como él!

Y, rugiendo como una bestia, retrocedió un paso, para arrojarse de nuevo sobre su víctima.

Sus dedos se hundi ron convulsivamente en el precioso cabello de la mujer, pálida como una muerta.

Silenciosamente, se había introducido Sherlock Holmes acercándose a ambos, que absortos en la lucha no le percibieron, ni observaron que el detective se arrodillaba detrás del persa.

En el preciso momento en que el tirano iba a hundir el puñal en el pecho de la mujer, Sherlock Holmes tendió la zancadilla al asesino, y derribándole en tierra se arrojó sobre él para maniatarlo.

El pariente del Sha, lanzó gritos de terror, temblando miró a Sherlock Holmes que se había arrodillado sobre su pecho.

Antes de que Abbas Mirza pudiese aprehenderse a la defensa, le había atado el detective, también las manos.

Luego se arrojó sobre la mujer y cogiéndola con sus manos de acero, la sepultó en el diván para atarla también de pies y manos.

Entre tanto, Holmes, había lanzado rápidas miradas al cuarto. Allí descubrió lo que buscaba. Saltó a la chimenea donde yacía un cuerpo humano. Le habían cubierto con una alfombra. Le descubrió el rostro y vió una cara ensangrentada e informe.

—¡Cónsul Peterson! — gritó el detective; luego acercó la cabeza al pecho del asesinado.

—Desgraciadamente, he venido demasiado tarde — dijo en sordo tono—. Ya no queda más por hacer que entregar sus asesinos a la justicia.

Cerró al muerto los ojos, volvió a cubrirle con la alfombra y se volvió a los criminales.

—Ahora habéis caído en manos de la justicia — dijo en persa al pariente del Sha, que se retorció, tratando en vano de desatar las ligaduras—. Si algo puede ablandar vuestra suerte, es confesarlo todo sin rodeos.

Pronunciando estas palabras habíase arreglado el desorden de su traje y miró severamente a sus prisioneros.

—¿Cómo se llama usted? — preguntó a la mujer.

—Mary Wood — contestó mecánicamente.

—¿Y viene usted de Teherán en compañía de aquél sinvergüenza?

—Sí, sir.

—¿Es Teherán su país?

—Mis padres viven allí.

—¿Quién es su padre?

—Un empleado de la embajada inglesa.

—¿Y quién es aquel individuo? — el detective mostró al persa, que continuaba tirando de las ligaduras.

—Abbas Mirza.

—¿Por lo tanto, primo del Sha?

—Sí.

—¿Sabía usted algo del crimen que se cometió hace ocho días en Oxfordstreet, donde fueron asesinados varios compatriotas de ese bribón y robadas preciosas perlas?

Mary Wood calló.

—Hable usted, miss; es preferible decirme todo a que la obliguen a confesarlo en otro sitio. Quizá es usted inocente; quizás pueda ayudarla a probar su inocencia.

—Oh, señor — replicó sollozando la hermosa mujer—, sálveme usted, sáqueme de esta terrible situación, en la cual, se lo juro por la memoria de mi querido padre, he sido mezclada inocentemente.

—Esto es lo que creo — repuso Sherlock Holmes, sentándose en el diván al lado de miss Wood—. Ya comprendo, que la han seducido, y usted se ha fiado de las vagas promesas de ese criminal. ¿Es verdad que el cónsul Peterson se encuentra oculto aquí desde hace ocho días?

—¡Sí, señor, quería salvarle!

De nuevo empezó a llorar lastimosamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿por qué no he tenido el valor de delatarlo todo a la policía? Ya debía hacerlo en Teherán cuando supe lo del complot contra el encargado del Sha, sus secretarios y el cónsul Peterson.

—¿Habla usted de un complot, miss? ¡Indíqueme los nombres de los conspiradores! ¿Quién lo ha fraguado? ¿Quién formó el plan de este terrible crimen, del cual aun Londres está emocionado?

A pesar de haber pronunciado las últimas frases en inglés, Abbas Mirza las había entendido, pues lanzando miradas amenazadoras a miss Wood, exclamó:

—¡Ten cuidado; si no te callas, me vengaré! No crea usted nada de lo que le diga; es una impostora.

—Ya — replicó el detective —, a quien haré callar será a ti — diciendo esto, saltó sobre el atado poniéndole una mordaza.

—Bien — continuó dirigiéndose a Mary Wood —; ahora no nos interrumpa—. Acercóse a la ventana, para cerrar bien las cortinas y volvió a tomar asiento al lado de su bella prisionera.

—¿Quién fué el autor del complot? ¿Abbas Mirza?

—¡No puedo negarlo! Fué él quien aconsejó al Sha, que mandara fabricar joyas en Londres. Fué también Mirza quien alquiló la casa de Oxfordstreet.

—¿Y cómo conocía Abbas Mirza aquella casa?

—Por una mujer, a la que conoce desde su estancia anterior en la capital.

—Empiezo a comprenderlo todo. ¿Sabe usted el nombre de aquella mujer?

—No lo recuerdo, señor.

—¿Se llama Jane Millford?

Mary Wood movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y por esa mujer también ha entrado en relaciones con Bob Greenfield y con Isaac Withney?

—¡Perfectamente!

—Ya me lo figuraba — díjose Holmes.

—Claro, si Abbas Mirza tenía el propósito de robar las joyas, era preciso tener un local propio para la realización de tan atrevido plan. No hay casa más a propósito que la del banquero Greenfield. Bob Greenfield conocía todos los secretos de la casa y, sin duda, ha sabido vencer al persa de que para tal negocio no encontraría mejor socio que mister Isaac Withney.

Con sorpresa seguía la miss las palabras del detective.

—¿Conoce usted a Isaac Withney? — preguntó después de pocos momentos de silencio.

—No, nunca le he visto — contestó la prisionera—. Pero Mirza me ha dicho que vivimos en la casa de ese hombre. Withney debía venir esta noche, quizá en compañía de Bob Greenfield.

—Comprendo. Probablemente querían los señores asesinos disponer un viaje. ¿Han hablado de ello?

—Siento no poder decirle nada — repuso la joven—. Oh, señor, tenga compasión de mí. Usted ha visto que he dicho la verdad a todas sus preguntas. Déjeme en libertad, quiero huir de Londres, quiero volver a mis padres y expiar mi torpeza en creer las dulces palabras de aquel hombre del cual no sabía que era un criminal.

Sherlock Holmes iba a contestar, cuando en el pasillo sonó un timbre, probablemente el teléfono. Apresuradamente se acercó al aparato. El comunicante parecía tener prisa, pues el timbre volvió a sonar con insistencia.

—¿Un poco de paciencia, querido Isaac? — exclamó Sherlock Holmes, tomando el auricular—. Ya voy. ¿Quién es?

—2345.

—¿Qué hay? ¡Aquí está Abbas Mirza! — el detective imitaba admirablemente la voz del persa—. Hola, Withney ¿vendrán ustedes pronto? ¿Sí? Sí; ya ha muerto. Claro. Acabo de pegarle un tiro.

Isaac Withney que creía hablar con Mirza, desde su hotel en Picadilly, púsose a reír.

—Sí — murmuró Holmes —; motivo tienes para reírte; pero quien se ría el último, reirá mejor.

—Sí, bueno, ¿y dónde está Greenfield? ¿Está todavía en la torre del lado?

—Sí, me espera; dentro de una hora iré por él — contestó Withney.

—Bien; estaré listo. Obligaré también a Mary a que se prepare. De ningún modo debe quedarse aquí. Es indispensable que salgamos esta misma noche. Ah, escucha. ¿Qué hace Lodge, ese marmarracho? ¿No podían mandarnos un hombre más a propósito?

—No hay cuidado, Mirza, este no nos es peligroso ya.

—¡Cómo! ¿Le habéis muerto?

—Bob contestará a esta pregunta.

—Tengo tanta curiosidad, que quisiera visitarle ahora mismo. ¿Cómo? ¿Qué no se puede? ¡Sí! tienes razón, Sherlock Holmes pudiera observar la torre. ¿Pero quién es ese Sherlock Holmes?

—Un necio, un bribón de primera fuerza, Dios le guarde de que demos con él esta noche; le costaría la vida.

—Bueno, pero con eso no sé más que antes — dijo en tono enojado el detective, aunque sonriendo interiormente, y añadió:

—¿Es un colega de Lodge?

—No, peor, es el detective más astuto de Londres. Ya hace ocho días, que ha visitado Oxfordstreet. Hay que tener cuidado.

—Oh, sin cuidado — replicó maliciosamente—, confío en que no seréis menos astuto que él.

—La cosa es peor de lo que parece— replicó pensativo Isaac Withney—, ya varias veces he pasado malos ratos con ese hombre. Será conveniente, por lo pronto, ocultar bien el cadáver del cónsul hasta que vengamos a buscarlo. Pues, con este Holmes hay que desconfiar; tiene un olfato como un perro policía. Puede haber sabido que Mary Wood tenía escondido a Peterson. Hay que tomar las medidas oportunas para que esa mujer calle el pico. Lo mejor será matarla también. En previsión, traeremos dos cajas en vez de una.

—Muy bien, os espero. Adiós, hasta luego.

A los pocos momentos Holmes llamaba con urgencia a la próxima delegación de policía.

—Soy Sherlock Holmes. Mande en seguida a Chestnutstreet, en Dartford, un coche cerrado con ocho hombres. Se trata de coger unos feroces criminales, que deben ser transportados inmediatamente a Scotland Yard. Obro por orden de la superioridad de policía. De ningún modo debe pararse el coche delante de la torre.

—*All right* — contestaron desde el puesto de policía.

Sherlock Holmes dió un salto de alegría.

—La cosa marcha admirablemente — murmuró—. Estaría contentísimo del resultado de hoy si no me preocupase la suerte de Lodge.

—Ahora — se dijo—, procuraré encon-

trar las perlas y diamantes. Fijémosnos un poco en el supuesto príncipe persa; Mirza, es una palabra persa que significa príncipe, pero este canalla no creo que lo sea. Apostaría que este Abbas no es más que un simple criado del verdadero Mirza y la supuesta Mary Wood una sencilla doncella. Después de asesinar al pobre Abbas Mirza se habrán reunido con Isaac Withney para apoderarse de las joyas del Sha, y efectuar el terrible crimen de Oxfordstreet.

Volvió a la habitación donde estaban los dos prisioneros, se cercioró de que las cuerdas estaban seguras y quitando la mordaza a Mirza fué a inspeccionar la casa.

Golpeó todas las paredes con su martillito de plata pero no encontró ningún sitio sospechoso.

Luego examinó el suelo, aunque no con la intención deseada por impedirlo las alfombras que por todas partes habla.

Pasó al dormitorio de Mary Wood.

—Es lástima que no tenga más tiempo disponible para continuar mis pesquisas — dijo, dando un golpe en una mesita colocada bajo un espejo.

Retrocedió algunos pasos para volver al pasillo y con suma sorpresa vió que la mesita giraba sobre su eje y que aparecía oculta por el espejo una estrecha y escarpada escalera de piedra, de una treintena de escalones.

El martillazo había hecho funcionar, sin duda un secreto muelle.

Sherlock Holmes sacó el revólver y avanzó por la escalera.

Llegó a una habitación exagonal y sin ventanas, alumbrada por una bombilla pendiente del techo abovedado. Alrededor de la estancia había fuertes cajas de hierro.

Los ojos del detective brillaron de alegría y, sonriendo, murmuró:

—Por casualidad y sin saber cómo, he dado con el tesoro de esta famosa banda de ladrones.

Inspeccionó las cerraduras que encontró bien cerradas; pero había previsto tales inconvenientes.

Sacó del bolsillo un frasquito humedeciendo las planchas de acero con un líquido corrosivo a cuyo contacto el hierro se fundió. Abiertas así todas las cajas, aparecieron a los atónitos ojos de Holmes numerosos sacos de cuero que estaban bien ordenados, en hileras, en los estantes.

Sólo una de las cajas tenía dobles paredes.

Sherlock Holmes cogió algunos sacos para ver lo que contenían; eran monedas de oro y plata.

—¡Ah! — dijo—, los bandidos han trabajado bajo la perita dirección de su capitán Isaac Withney. Aunque pagaba sumas inmensas a sus confidentes y compañeros, debía haber amontonado un considerable capital, seguramente, de mayor valor que todas las joyas y perlas robadas en Oxfordstreet.

Acercóse a la caja de dobles paredes, viendo que contenía, artísticamente colocadas en terciopelo encarnado, toda una serie de grandes perlas de inestimable valor, casi todas del tamaño de un huevo de paloma.

Después de gozar un rato del aspecto fantástico, volvió Sherlock Holmes a cerrar todas las cajas y abandonó la «tesorería» para transportar a ella también a sus dos prisioneros.

—Aquí están bien guardados — dijo riendo, mientras cerró la puerta de la habitación por medio de una cerradura de seguridad como la que usan los policías, y que ni el cerrajero más hábil hubiese podido abrir.

Dirigióse, entonces, a la torre vecina para cerciorarse de la suerte que había cabido al policía Lodge.

Para llegar más de prisa, escaló el muro, mas cuando llegaba a lo alto, sin que pudiera explicarse lo que ocurría, se sintió en el vacío. Había caído en un agujero y la caída había sido tan fuerte, que por pocos momentos se quedó sin conocimiento.

Sintió las manos y cara mojadas por un líquido tibio: era sangre que manaba de una ancha herida que se había producido en la cabeza.

Con sumo cuidado se puso de pie y respiró fuertemente, seguro de que no se le habían lastimado los miembros, aunque sufría dolores tremendos.

—No está mal — murmuró—; a pesar de crearme astute, listo y prudente, también he caído en una trampa, como un zorro.

Ante la posibilidad de caer por segunda vez, no se atrevía a moverse en la obscuridad.

Tocó el suelo con las manos.

Las paredes eran de piedra y estaban húmedas; sus pies se habían hundido en el fango.

Comprendió que había caído en un pozo. Sacó su linterna de bolsillo y examinó a su alrededor.

El pozo era redondo, bastante profundo y construido con sólidos ladrillos. Se convenció en seguida de la imposibilidad de escalar las paredes, recubiertas de cemento y sin un punto de apoyo. La anchura del pozo tampoco permitía subir como el desollinador lo hace en las chimeneas. Como es sabido, suben éstos apoyándose en las paredes con la espalda y los pies al mismo tiempo.

Sin preocuparse más de su situación, empezó a escarbar la tierra, que, sin duda, había sido arrojada desde lo alto recientemente. Después de unos diez minutos había hecho un agujero, en el fondo del cual tropezó con una placa de hierro con una anilla en el centro. Sin duda cubría un segundo pozo.

Metiendo el mango de un puñal en la anilla, tiró el detective con todas sus fuerzas; por fin logró levantar la placa, que medía dos pies de ancho.

Con ayuda de su lamparita pudo ver que éste segundo pozo era más estrecho que el anterior y menos profundo. Su altura no era superior a seis o siete pies. Holmes se decidió a bajar, ya que no había probabilidades de subir. Llegado que fué al fondo del segundo pozo vió con gran satisfacción que ya no se encontraba encerrado por los altos muros, sino que estaba a la entrada de un pa-

llo subterráneo que hacía una ligera pendiente.

El corredor era tan estrecho y bajo que hasta arrodillándose era difícil pasar.

Parecía más la trinchera de una zorrera que un escape para hombres.

—No importa — pensó Holmes—: este camino me conducirá a la torre donde está Greenfield y donde pienso encontrar también a Lodge.

Tomó el puñal entre los dientes y, con la linterna en la derecha, avanzó arrasándose.

Unos cincuenta pasos podía haber avanzado por el canal, respirando un aire corrompido, cuando, por fin, parecía llegar a la salida.

El vago resplandor de una luz se dejó ver. Algunos minutos más y se encontró en el ancho subterráneo de una casa, alumbrada pobremente por algunas luces de gas. Estaba en la torre del criminal más peligroso de Londres.

Inspeccionó el subterráneo, que estaba solitario.

## CAPITULO VI.

### EL HALLAZGO DEL SARGENTO DE POLICIA

Como acostumbraba a hacer cuando tenía que registrar algún local, Sherlock Holmes sacó su destornillador variable, que al mismo tiempo servía de martillo, instrumento que le había prestado innumerables servicios, y empezó a golpear las paredes. En ninguna parte sonaba a hueco.

De repente tuvo la idea de registrar también la parte del subterráneo en que no había luz.

—¿Se encontrará aquí el cadáver del sargento de policía Lodge?

En cuanto a Bob Greenfield, ya sabía que le encontraría, por cuanto Whitney había prometido por el teléfono llevarle consigo a la torre.

La parte oscura del subterráneo estaba completamente desierta. No se veía más que un gancho negro de hierro en medio del techo. Era un gancho como los hay en muchos subterráneos y cuevas para colgar una linterna. Propúsose examinar dicho hierro, pensando que tal vez ocultaba una nueva trampa y, poniendo inmediatamente manos a la obra, de un salto le alcanzó con ambas manos.

No se había equivocado: al peso de su cuerpo se hundió una parte del techo, que parecía ser de una pieza.

La parte de techo que vino abajo, era una caja cuadrangular de madera fuerte, cuyo fondo, pintado del mismo color que el techo del subterráneo, hacía imposible a simple vista, descubrir la existencia de tal mecanismo.

Probablemente había servido la caja para almacenar durante los inviernos carbón y leña.

Encima de la caja vió Holmes pender la cuerda de una garrucha; subió por ella, observando con gran sorpresa que a medida que subía, la caja se colocaba en su primitiva posición.

El detective se encontraba en una habitación espaciosa a la que comunicaban varias puertas, y en la que se respiraba un olor repugnante.

—No cabe duda — murmuró—, aquí debe haber cadáveres. Sí, por los menos, Lodge no fuese uno de ellos.

Se acercó a una de las puertas que estaba cerrada con llave. Trató de forzarla, pero fueron vanos sus esfuerzos.

Lo mismo le sucedió con una segunda puerta y solamente pudo abrir la tercera.

Un estrecho pasillo apareció ante él: en el fondo una escalera de caracol, de piedra, que conducía a una cámara obs-



*¡Pobre hombre! Era un padre de familia.*

cura desprovista de ventanas. Allí se percibía con mucha mayor intensidad el olor fétido que sintió el detective al entrar en el subterráneo.

Sherlock Holmes se colocó un pañuelo en la nariz y entró en la lúgubre estancia, alumbrándose con la linterna que llevaba en la diestra.

Los nervios del célebre criminalista, tan acostumbrado a ver horrores, se estremecieron cuando vió al lado de un cadáver, que debía estar allí desde algún tiempo, el del sargento de policía Lodge.

— ¡Pobre hombre! Era un padre de familia.

Disponíase a ver cómo podía llegar a los pisos superiores para sorprender las conversaciones de los criminales, cuando, de repente, oyó cerrar una puerta con violencia.

Era sin duda la misma por la cual había entrado en la lúgubre estancia de los cadáveres.

Rápido como el rayo procuró ocultarse, apagando al mismo tiempo la linterna.

Con expectación (como el lector puede comprender) esperaba a las personas que habían entrado.

No podían ser otros que los dos criminales, cuyo encuentro tanto deseaba.

## CAPITULO VII

### LA CAPTURA EN LA TORRE DE LOS ASESINOS

A Isaac Withney, el pillo más redomado del gremio entero de los criminales londinenses, le visitaremos ahora en su elegante hotel de Picadilly, precisamente, en el momento en que tuvo la

conversación telefónica con el falso Abbas Mirza, o sea con Sherlock Holmes.

Cuando llamando al teléfono oyó la contestación: «soy Abbas Mirza», se quedó algo suspenso. Una sonrisa se dibujó

jó en sus labios y nerviosamente se tiró con la mano llena de brillantes, del bigote bien ordenado.

—Apostaría la cabeza — se dijo —, que esta no es la voz de Abbas Mirza. Esta voz me parece extraña, pero conocida. Pero, no, no — se dijo luego —, cuando le preguntó si llegaría pronto con su compañero Greenfield: este debe ser el mismo Mirza; no puede ser que un espía se haya atrevido a visitar la torre. Demasiado estima la policía a mi antiguo amigo, mister Barker, al que todos creen rico y que figura en los registros como propietario de la torre. Nunca se ha atrevido la policía a registrar aquella torre, donde viven el persa con su amante.

Sin el menor reparo, pues, continuó la conversación, durante el curso de la cual se convenció de que hablaba con Abbas Mirza.

Pero cuando acabada la conversación sonó otra vez la campanilla del teléfono y oyó resonar en el aparato el nombre Sherlock Holmes, se estremeció. En efecto, en la central de teléfonos habían olvidado de separar los hilos una vez terminada la comunicación entre el hotel de Picadilly y la torre de Dartford. Cuando Holmes telefonó al puesto de policía el importuno descuido de la central, había hecho que Isaac Withney, enterado del breve diálogo, pudiera desbaratar el famoso plan del detective.

Por un momento, se quedó Withney desconcertado.

—¡Caramba! — murmuró —, entonces no me había equivocado. ¡Pero qué estúpido soy! Todo se lo he revelado. Mas el diablo nos ayuda siempre. Si conociese a la empleada de teléfonos a cuya inadvertencia debo este descubrimiento, de buena gana la recompensaría espléndidamente. Sherlock Holmes, este espía tan astuto, no se ha percatado de que estaba en comunicación conmigo, en vez de estarlo con la policía.

Withney se echó a reír.

—Por esta vez sufres un fracaso, querido amigo Holmes; seré prudente. Antes de que sepas que tus noticias llegaron a mí, estaré en Dartford y tú, como tus bravos compañeros, quedarás engañado.

Una vez más se puso ante el espejo para examinar por última vez su elegante traje de viaje, el cual no había recibido hasta aquel mismo día del primer sastre de Londres. Provisto de un fajo de billetes de banco, además de dos revólvers cargados, bajó apresuradamente la escalera del lujoso hotel de Westend.

—Tengo que andar ligero para reunirme con Charley en «El ancla de oro» — murmuró, al pasar por Piccadilly, la calle más animada de la capital. De allí embocó una calle lateral para abreviar el camino y llegar más pronto al barrio del Támesis.

No lejos de los diques había un gran edificio, alumbrado espléndidamente como conviene a un restaurant metropolitano. Era «El ancla de oro», uno de los locales de baile, que frecuentaban, especialmente, los marinos.

Sin vacilar entró el gentleman en el local. Charles Fox, alias «Alberto el marino» ya le esperaba en el vestíbulo. Cuando vio a Withney se le acercó en seguida.

—Me alegra, Charly, de que seas puntual. Iremos en seguida a Dartford. Supongo que estás dispuesto a acompañarme.

—*All right* — replicó Charly, mientras sus ojos brillaban singularmente. Si me pagas bien, estoy siempre a tu disposición.

—Ya sabes, Charly, que pago siempre reglamento—repuso Isaac Withney, mientras ambos se dirigían corriendo a la estación de Underground, para ir de ella a Dartford—. Pago bien, pero también quiero ser servido como corresponde. Sé que eres buen salteador; guardo todos los respetos a tu talento. También

sabes manejar muy bien el *rompecabezas*, pero para trabajo fino, ya sabes que no se te puede utilizar.

—¿Qué quieres decir con esto, Isaac? —murmuró de mal talante «Alberto el marino», sintiendo ofendido su honor de criminal, aunque tenía el propósito de volver a una vida honrada.

—No podrás menos de convenir en que has dejado bien embrollada a la Jane Millford.

—¿Qué quieres? No podía hacer otra cosa — exclamó Charly—. ¿Es que crees que debía meterme con Sherlock Holmes?

—¿Y por qué no? No debías marcharte de la casa sin haber libertado a la muchacha. ¡Es una lástima! ¿qué será de ella ahora? Ahora está en la cárcel de New Gate y una vez allí ya no se vuelve tan pronto. Por lo demás, es posible que la obliguen a decir más de lo que puede convenirnos.

—Es una imbécil; ella no ha inventado la pólvora; con esa hembra no se va a ninguna parte. Ya ha contado a todo el mundo que es tu novia.

—¡Ah!, la policía no lo cree — dijo, sonriéndose Withney.

Llegados a Dartford, la primera ocupación para los dos compañeros era visitar a los socios de la torre vecina a la de Withney.

Llegados casi al final de Chestnutstreet, se detuvieron de repente.

—¿No ves allí cerca de la torre un hombre? Parece ser un policía — murmuró Withney, señalando hacia la derecha.

—No veo nada — replicó «Alberto».

—Entonces me habré equivocado; nada tiene de particular con esta obscuridad continuaron el camino.

En efecto, Withney, debía haberse equivocado, pues no había nadie en la calle.

Felizmente, alcanzaron la torre.

—Espero que Greenfield estará de vuel-

ta; le he encargado esta mañana que comprase dos cajas para los cadáveres.

Mientras pronunciaba estas palabras, Withney no se había percatado de que «Alberto el marino» exploraba la calle en todas direcciones; ciertamente, había hecho una observación que le dejó satisfecho.

Sus labios mostraron una sonrisa discreta que habría chocado a su compañero si la hubiese visto.

Charly era en aquel momento quien había creído ver la sombra de una persona detrás de un grueso castaño; era la misma que había percibido pocos momentos antes Isaac Withney.

Efectivamente, era un policía; el comisario Brown.

Decidido, firmemente, a abandonar su carrera de criminal y a demostrar su gratitud a Sherlock Holmes, Charly había visitado algunas horas antes de reunirse con Withney al comisario de policía para manifestarles que según había averiguado, el cónsul Peterson había visitado hacia ocho días la torre Dartford, donde había dejado de vivir de una manera tan trágica.

Charly Fox, llamado «Alberto el marino», como el lector sabe, quería llevar esta noticia importante a Sherlock Holmes, recordando la invitación de éste, pero no le había encontrado en casa.

El célebre detective ya había salido al trabajo; pero como era natural, al comisario Brown le vino también de perlas la noticia. Este, preocupado por la desaparición de Lodge, ya tenía la intención de visitar por la noche la torre de Dartforstreet.

Brown había, por consiguiente, escogido sus mejores *policemen* para encaminarse inmediatamente hacia Dartfordstreet, con el objeto de vigilar estrechamente ambas torres.

Había convenido con Charly que éste le haría una señal. En el momento en que Charly daría tres silbidos debía en-

trar en acción Brown con sus hombres.

Al visitar al comisario, no sabía aún Charly Fox que él era el designado para transportar los cadáveres.

Esta misión lúgubre no se la había confiado Withney hasta llegar al camino de Dartford.

No cabe duda de que si Brown lo hubiera sabido, habría ocupado con sus hombres toda la Chestnustreet y habría encontrado antes que Sherlock Holmes al persa con su amante, así como las preciosas joyas, y tampoco Sherlock Holmes habría tenido ocasión de encontrarse en una situación tan crítica como en la que le dejamos.

Rápidamente, abrió Withney la puerta de entrada, que volvió a cerrar con presteza e hizo una señal a Charly para que le siguiera a la habitación secreta, donde permanecía oculto Bob Greenfield desde muchos días, sin que la policía hubiese logrado encontrarle a pesar de registrar repetidas veces la casa.

El escondite de Bob estaba cerca de la habitación donde eran almacenados los cadáveres de las víctimas que caían en las manos de los asesinos en sus excursiones nocturnas.

—¿Habéis llegado por fin? — exclamó Bob Greenfield malhumorado—. Parece que queréis esperar a que la policía nos eche el guante. Aquí tengo desde hace varias horas las cajas para los cadáveres y ninguno de vosotros viene.

—No te impacientes, querido Bob — repuso Withney, dándole unos golpes en los hombros—; un poco de paciencia. Hemos hecho nuestro agosto. Ahora podemos estar satisfechos de nuestra cosecha. Ya se encontrará algún rincón en la América del Sur, donde podamos gozar en tranquilidad de lo poco que trabajando tan duramente, hemos ganado.

—Sí; pero ya es tiempo de ello — exclamó el malvado hijo del banquero—. Me he cansado de esta vida; verdad es que de todos los detectives que han re-

gistrado la casa, a ninguno se le ha ocurrido mirar de cerca el gancho de hierro del subterráneo, pero puede llegar el día en que descubran el secreto y entonces... Lo sabes tan bien como yo.

—¡Ca, hombre!; no hay un solo policía capaz de descubrirlo. Si uno es torpe, el otro lo es más y la mayor parte de ellos no sirven más que para gastar las sumas que el Estado pone a su disposición y que más nos aprovecharían a nosotros; te lo demostraré ahora mismo.

Y Withney refirió a Bob lo que le había ocurrido con Sherlock Holmes.

Bob se quedó muy intranquilo cuando estuvo enterado del caso; sí, efectivamente, Sherlock Holmes está tan cerca de nosotros, no hay que perder un minuto. Empecemos inmediatamente el trabajo que antes de marcharnos debemos efectuar.

—Como quieras — replicó Withney, inclinándose para abrir una de las cajas que en un rincón había—. Esta caja parece demasiado corta para Lodge. Pero ya le daremos la forma necesaria.

Los tres hombres atravesaron un pasillo estrecho, abriendo luego una puerta falsa, cerca de la escalera que conducía al cuarto de los cadáveres...

Estos fueron los pasos que Sherlock Holmes oyó.

Estaban los tres tan cerca del detective que para tocarles bastaba extender la mano.

Withney y Greenfield, que pasaron delante, no le habían visto.

Fué en extremo desagradable para el detective, el ver a Charly Fox en compañía de los bandidos. Recordaba perfectamente la promesa de «Alberto el marino» del día anterior, de abandonar aquel género de vida.

—Oh, ¿será posible que Charly haya venido para ayudarme? — pensó después.

Sus suposiciones parecían confirmarse. Por una pequeña inadvertencia de Hol-

mes, se percibió Charly de su presencia y, después de pasados los primeros momentos de sorpresa, le hizo una señal de conformidad; luego, Charly llegó a tener el atrevimiento de acercarse cautelosamente al detective y decirle en voz baja:

—Os ayudaré.

Del convenio secreto, hecho con tanta rapidez, no tenían conocimiento ni Withney ni Greenfield.

—Hay que encender luz — dijo Withney, apretando un botón de la luz eléctrica—. Es indispensable, pues en la obscuridad no podríamos reconocer las caras. Primero pondremos a Lodge en la caja.

Se pusieron cada uno un delantal, y subieron las mangas de la camisa para no mancharse con la sangre de sus víctimas.

Las cajas estaban abiertas.

Precisamente en el momento en que los bandidos iban a colocar el cadáver de Lodge en la caja, salió Sherlock Holmes de su escondite, disparando dos tiros. Withney y Bob Greenfield rodaron por el suelo. Con toda intención no les había matado; no debían desaparecer del mundo sin obtener el castigo que merecían. Por eso había apuntado Holmes a las extremidades inferiores.

Había destrozado a Withney la rótula y a Greenfield la canilla. Las heridas eran tales que a ambos les era completamente imposible huir ni oponer resistencia a su captura.

Sollozando, se retorcían al lado de los cadáveres de sus víctimas.

Sherlock Holmes se acercó a Charly Fox para estrecharle la mano, mientras los heridos lanzaban juramentos y maldiciones contra los nuevos amigos.

—Te has mostrado más agradecido de

lo que esperaba, querido Charly. Ahora debemos entregar estos asesinos lo antes posible a la policía y dar las instrucciones necesarias para que se recojan inmediatamente los cadáveres. Vé corriendo a Chestnutstreet para llamar a algunos policías que allí están esperando. Entre tanto, me quedaré yo aquí para hacer compañía a estos dos señores.

—En seguida — contestó Charly, al que los heridos amenazaban con los puños.

Después de relatar al detective su entrevista con el comisario se alejó Charly para abrir una ventana, y dejó oír tres penetrantes silbidos que resonaron estridentes en la soledad de la noche.

Un momento después retumbaban en la casa los golpes que los policías dieron a la puerta para forzarla.

Unos veinte hombres entraron precedidos de «Alberto el marino», quedando asombrados del ingenioso mecanismo del ascensor.

Sucesivamente, se trasladaron a las habitaciones superiores, donde fueron saludados por Sherlock Holmes, quien les entregó luego los dos muertos, reconociendo los policías en uno de ellos, a su buen compañero Lodge.

Withney y Greenfield, fueron maniatados mientras Holmes supo con asombro que el aviso que había creído dar a la delegación, había sido recibido por el criminal, razón por la cual no habían llegado los refuerzos por él pedidos.

Withney no pudo menos de dar al detective la explicación de este incidente, que pudo serle fatal.

Mientras una parte de los hombres quedaba al cuidado de los prisioneros, se pusieron los demás, en compañía de Holmes y Brown, en camino para la torre vecina.

CAPITULO VIII  
EL DRAMA FINAL

Apenas había abandonado Holmes la torre en la que dejara encerrados al persa y su amante, cuando Abbas cambió en baja voz algunas palabras con su compañera.

Mary Wood volvió la cabeza, despreciando al persa.

—¿No me has comprendido? — volvió a preguntar el persa.

Nuevamente guardó silencio la desgraciada.

—Quiero salvarte y salvarme, Mary. Podemos escapar al castigo que nos espera.

La bella prisionera escuchó.

Instintivamente acudieron a su memoria los felices tiempos pasados en que el amor les sonreía y volvió a cobrar confianza en su tirano.

—¿Qué quieres decir con esto? — preguntó Mary.

—Que nos salvaremos. Que tengo una idea luminosa que nos pone fuera del alcance de los esbirros no solamente en este país de bárbaros, sino también en Persia. Ya sabes que, aun cuando no me sentenciasen aquí, tendría que expiar en Persia el asesinato de Abbas Mirza, el primo del Sha. Y tú, Mary Wood, tú eres mi cómplice. Tú me ayudaste cuando le sorprendí en el lecho.

La bella mujer se estremeció.

Su compañero comprendía la lucha que interiormente sostenía la infeliz, atormentada por los remordimientos. Ahora se vengaba de la delación que había hecho a Sherlock Holmes.

—¿Y cómo quieres salvarnos? — preguntó ella, ya más confiada.

Sin contestar hizo él una seña hacia las cajas guardadoras del dinero y las joyas.

—¿Qué quieres con esas riquezas? ¿Para qué nos sirven? Cuán feliz sería si nunca hubiera creído en tus palabras seductoras.

—Te perdono — repuso Abbas—, porque te he amado por ti misma. Y si llegué a ser asesino para apoderarme de todo este dinero, fué para poder ofrecerte todas las comodidades y placeres. No lo olvides, Mary. No olvides que te adoraba y te amo aún.

Mary Wood se puso a llorar.

—¡Oh! Abbas, basta, que tus palabras me desgarran el corazón; si sabes cómo salvarnos, huiré contigo. Renuncio al oro y a las joyas; te serviré como un perro, que lame la mano de su amo cuando le castiga; salvémonos, huyamos.

—Espera — contestó Abbas—. Arrástrate hacia mí; nuestra salvación está en aquellas cajas.

Diciendo estas palabras, se arrastró penosamente por el suelo.

Con asombrados ojos seguía la joven sus movimientos.

No comprendía las intenciones de Abbas.

¿Qué podía él hacer para su salvación, teniendo pies y manos atados? Estaba reducido a la impotencia como ella.

—Mary, ¿no quieres seguirme? No tienes confianza. Un momento antes de nuestra salvación y cuando estés a mi lado lo sabrás todo. Quiero gozar de tu alegría, de tu felicidad. ¡Ahora ven, querida!

La joven procuró acercarse a él. Ambos habían llegado al centro de la habitación.

Mary Wood estaba al lado del persa, tan cerca que él pudo alcanzarla con sus manos atadas y arrastrarla hacia sí. Sus ojos brillaban como los de una bestia privada de sangre.

—Ya estás en mi poder — murmuró el persa—; ahora me vengaré.

—Más aprisa, más aprisa — repuso la joven, que no entendía el significado de aquellas palabras. Sin no nos apresuramos, será demasiado tarde. Los policías pueden llegar de un momento a otro, ¿oyes? Parece que han abierto la puerta. ¡Se oyen voces!

Ambos escucharon, desalentados.

En efecto, parecía que hablaban en la escalera; sin duda, la policía llegaba para llevárselos.

—Por Dios, Abbas — prosiguió Mary Wood, temblando—, si no nos salvamos ahora estamos perdidos.

Habían llegado hasta al pie de las cajas mayores.

—Abbas — exclamó la joven—, ¿qué piensas? de prisa, de prisa. Será tarde.

El persa sonrió siniestramente.

—¡Ya llegaremos a tiempo al otro mundo! ¡Allí está la libertad, sólo allí el fin de todos los sufrimientos!

Mary empezó a comprender lo que intentaba su tirano. En el colmo de la desesperación quiso gritar, pero no podía articular una palabra... cerró los ojos.

El persa levantó los pies, y apoyando el cuerpo en el suelo dió un vigoroso empujón a las cajas, que oscilaron... La joven lanzó un grito agudo, que más parecía el rugido de un tigre moribundo...

—¿Qué sucede allí?—exclamó Brown, que llegaba a la puerta, mientras Holmes abría la cerradura.

Un momento después se abrió la puerta.

La caja contigua a la puerta, oscilaba fuertemente.

Cinco policías saltaron para sostener la colosal caja de hierro, que caía ya.

Un grito de horror de los policías se confundió con los penetrantes de muerte de Mary y con la risa triunfante y bestial del falso Abbas Mirza.

tenciado — exclamó Sherlock Holmes. Apenas había pronunciado estas palabras cuando la masa de hierro, derrumbándose sobre los persas, aplastó a la pareja.

—Dejadlos, ellos mismos se han sen-

**FIN**



TITULOS PUBLICADOS,

N.º 1 Blackwell  
El Pirata del Támesis

N.º 2 La trampa  
del viejo edificio

N.º 3 Las Joyas  
Sangrientas



N.º 1



N.º 3

EL PRÓXIMO NÚMRO:  
Sherlock Holmes  
y "La Luciérnaga de  
New-York "

EDICIONES POVI  
BARCELONA



N.º 2

